



Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina

Edgardo Manero

► To cite this version:

Edgardo Manero. Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina. UNSAM EDITA, 2014, Ciencias Sociales, Máximo Badaró, 978-987-1435-75-3. <hal-04288135>

HAL Id: hal-04288135

<https://hal.science/hal-04288135v1>

Submitted on 15 Nov 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons CC BY 4.0 - Attribution - International License

EDGARDO MANERO

CIENCIAS
SOCIALES



Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)



UNSAM
EDITA

Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)

Colección: Ciencias Sociales
Director: Máximo Badaró

Edgardo Manero

Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya: 1945-1989
1ª ed. - San Martín: Universidad Nacional de Gral. San Martín
UNSAM EDITA, 2014.
500 pp.; 21x15 cm. - (Ciencias Sociales / Máximo Badaró)

Traducido por: Gerardo Losada

ISBN 978-987-1435-75-3

1. Política Argentina. 2. Nacionalismo. I. Gerardo Losada, trad.

CDD 320.982

1ª edición, septiembre de 2014

© 2014 Edgardo Manero

© 2014 de la traducción Gerardo Losada

© 2014 UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General
San Martín

Campus Miguelete. Edificio Tornavía

Martín de Irigoyen 3100, San Martín (B1650HMK), provincia
de Buenos Aires

unsamedita@unsam.edu.ar

www.unsamedita.unsam.edu.ar

Diseño de interior y tapa: Ángel Vega

Edición digital: María Laura Alori

Corrección: Javier Beramendi

Se imprimieron 1.000 ejemplares de esta obra durante el mes de
septiembre de 2014 en

Altuna Editores, Doblas 1968, CABA, Argentina

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia,
sin la autorización expresa de sus editores.

EDGARDO MANERO

CIENCIAS
SOCIALES

**Nacionalismo(s),
política y guerra(s)
en la Argentina
plebeya (1945-1989)**



**UNSAM
EDITA**

AGRADECIMIENTOS

Este libro carga con las marcas de innumerables personas, muchas más que el número de autores citados. Sus trabajos permitieron algo más que evitar toda forma de solipsismo. Para ellos, mi reconocimiento. Quiero expresar mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad Nacional de San Martín; en particular, a su rector, Carlos Ruta, no solo por haber hecho posible esta publicación, sino también por la promoción, desde el Estado, de un espacio intelectual extremadamente estimulante y eficiente. En los balbuceos de este libro, se encuentra una conversación que mantuvimos en el marco de un coloquio organizado conjuntamente por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), de Argentina, y el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), de Francia. Mi gratitud extrema a la directora de UNSAM EDITA, Daniela Verón, que no solo me brindó su tiempo y tuvo confianza en un largo trabajo, sino que también comprendió las dificultades que implica la neurosis obsesiva en la redacción. Asimismo, a Gerardo Losada, que tradujo sin traicionar lo que eran simplemente fragmentos de un texto, un conjunto de notas extraídas de un todo relativamente lejano de 1200 páginas. De una manera particular quiero hacer extensivos mis agradecimientos a Patrice Vermeren, siempre a la escucha, y a Veronique Boyer, por su apoyo en calidad de directora de mi laboratorio. Igualmente, deseo formular mi reconocimiento a Claudio Ingerflom, “martinfierrista” sin saberlo; sus consejos, en todos los dominios, son siempre útiles. Una mención especial a Lisandro Tanzi, amigo y colega, con quien comparto más que temas de análisis y perspectivas teóricas. Sus sugerencias y comentarios al texto original fueron una ayuda inestimable. Mi gratitud a Silvia Serrano y a Daniel Rojas por el entusiasmo que expresaron en su compromiso “voluntario” de leer fragmentos del manuscrito y a Laura Brondino, amiga y colega, con quien comparto más que angustias existenciales. Quiero expresar también mi agradecimiento a Annick Lempérière, Frédérique Langue y Arturo Fernández, consejeros idóneos y laboriosos. En otro orden, el de los afectos,

aprovecho esta oportunidad para evocar a Silvia Gaviglio, primero profesora; posteriormente, colega y amiga en la Universidad Nacional de Rosario. Me resulta difícil expresar lo que le debo a esta estudiosa brillante y generosa, cuya ausencia me duele. Una referencia especial a mi amigo David Yemal, su escucha lacaniana, su sensibilidad tanguera y sus vivencias de actor político de la Argentina plebeya que me acompañaron en la escritura. Momento de saldar deudas íntimas, una mención para mis padres. Siempre presentes y afectuosos, simplemente únicos. La consideración final para mi compañera, con toda la dimensión afectiva y pasional que carga el término en la sociedad argentina, Catherine. Simplemente, me complementa.

INTRODUCCIÓN	1. La política y las guerras	13
	2. Lo estratégico como objeto de estudio, entre <i>pólemos</i> y <i>stásis</i>	17
	3. La Guerra Fría o la primacía del conflicto político	20
	4. La necesaria mirada retrospectiva	22
	5. Compromisos no excluyentes	29
	6. Algunos ejes de reflexión	32
	7. El nacionalismo, necesariamente plural	38
CAPÍTULO 1	1. Conflictos sociales y violencia(s) política	49
<i>Lo estratégico, el componente de lo político fundado en razones últimas</i>	2. La cuestión de lo estratégico	58
	3. Elementos para una interpretación de las culturas estratégicas	64
	4. Representaciones y doctrinas estratégicas	67
	5. Amenaza, percepciones y construcciones	73
	6. El colectivo de identificación y el “otro” amenazante	80
	7. Alteridades y conflicto social	83
CAPÍTULO 2	1. Ares en política	89
<i>Retrospectiva sobre violencias y nación</i>	2. El pasaje al acto	98
	3. Desde la resistencia hacia la liberación	110
	4. Desde la guerra hacia la revolución	118
	5. Guerra o reconstrucción	124
	6. Desde el adiós a las armas hacia la guerra total	129
	7. De la guerra al genocidio	135
CAPÍTULO 3	1. <i>Kêres</i> en Argentina	141
<i>Fundamentos agonísticos de lo político</i>	2. El nacionalismo(s) argentino y su cultura estratégica	148
	3. El paradigma de la interacción estratégica con la vecindad territorial, la percepción de la amenaza ideológica y la potencia hegemónica	153
	4. El discurso geopolítico y el discurso clauswitziano	157
	5. Sistema internacional y realismo(s)	168
	6. Seguridad e intereses nacionales	174
	7. La cuestión de las soberanías	178

CAPÍTULO 4		
<i>La guerra en la política</i>	1. De la lógica de guerra	189
	2. El nacionalismo(s) como oxímoron. El credo de la guerra y de la paz	196
	3. La banalización clausewitziana	206
	4. La política como guerra total	215
	5. Guerra, nacionalismo y modernidad	219
	6. Las huellas de la guerra absoluta en la lógica de guerra	225
	7. Lo arcaico en lo moderno. Entre la guerra justa y la cruzada	229
CAPÍTULO 5		
<i>La lógica de la guerra</i>	1. La noción del enemigo y el código de la hostilidad	235
	2. El extranjero	241
	3. Alteridades objetivas y subjetivas	243
	4. Un mecanismo arcaico. Las dimensiones no sociales como fortalecimiento de la diferencia	249
	5. Un sistema hoplítico. De héroes, de tumbas y de una visión prometeica	258
	6. Infiltrados y traidores	270
	7. El tiempo y el espacio en la legitimación de un “nosotros” guerrero	273
CAPÍTULO 6		
<i>El nosotros, la construcción del colectivo de identificación</i>	1. El pueblo, entre la inclusión y la exclusión	281
	2. El jefe de guerra, los “unos” y los “otros”	286
	3. El nosotros, entre proyecto político y proyecto patriótico	290
	4. Ese oscuro objeto del deseo: la patria	293
	5. La diferencia civilizacional en términos estratégicos	297
	6. El hispanismo, entre panamericanismo y el latinoamericanismo	304
	7. Lo latinoamericano como fundamento de la oposición	310
CAPÍTULO 7		
<i>Los ellos</i>	1. El indio, definición fundadora de la alteridad amenazante	321
	2. Un colectivo extraño y extranjero	329
	3. Nacionalismo(s), indios, gringos y gauchos	332
	4. La alteridad negativa, un palimpsesto	341

	5. La inferioridad ontológica	344
	6. Inmigración y alteridades modificables. De la apología al rechazo	350
	7. La inmigración como amenaza: un extranjero, un enemigo	357
CAPÍTULO 8		
<i>La vecindad ideológica</i>	1. Entre la amenaza metasocial y el enemigo ideológico	367
	2. Los judíos, paradigma del complot	375
	3. El imperialismo, un concepto “ómnibus”	386
	4. La primacía de lo político	389
	5. El imperio inglés	392
	6. Los Estados Unidos, mito fundador	396
	7. Del modelo ternario al modelo binario	401
CAPÍTULO 9		
<i>La vecindad territorial</i>	1. La frontera, una cuestión estratégica central	409
	2. Los conflictos territoriales. La incidencia del espacio en América Latina	417
	3. La dimensión del territorio en el nacionalismo(s) argentino	424
	4. Las lógicas geoestratégicas del conflicto de vecindad	429
	5. Brasil, el vecino amenazante	434
	6. Una relación triangular	446
	7. Brasil según los nacionalistas. Entre el conflicto y la cooperación	450
CAPÍTULO 10		
<i>Memorias, disciplina y refundación</i>	1. Una sociedad en transición	459
	2. El disciplinamiento del incorregible	469
	3. Mecanismos de regulación violenta y refundación civilizacional	472
CONCLUSIONES		
	1. La práctica de la hostilidad y la cultura estratégica nacionalista	477
	2. Violencias y <i>statu quo</i>	481
	3. Lo lógico de la guerra	484
	4. El rechazo del intruso	486
	5. El fin de un ciclo	490
	6. Feos, sucios y malos. Violencias y alteridades, de lo político a lo social	494

INTRODUCCIÓN

1. La política y las guerras

Este libro es, como cualquier otro, un palimpsesto. Si bien se funda sobre la base de una investigación desarrollada en el marco de una tesis doctoral respecto de las transformaciones a nivel estratégico del nacionalismo argentino en la Posguerra Fría, defendida en 2001 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, no puede reducirse ni asimilarse a esta.

La intención del presente consiste en analizar el rol del nacionalismo(s) en el surgimiento y la legitimación social de la violencia política en la Argentina durante la segunda parte de un siglo XX; período marcado por el fenómeno peronista y la Guerra Fría. Una enunciación más concreta remite a sus representaciones y prácticas estratégicas, a su cultura. Su tratamiento se revela útil para cotejar las diversas expresiones del nacionalismo y establecer diferencias y semejanzas.

En términos generales, los estudios en torno a la violencia en política se estructuran sobre el período 1969-1983 y suelen, comúnmente, referirse a dos momentos: antes y después de la instalación de la dictadura militar en 1976. Nuestra reflexión intentará trascender dicha delimitación temporal, a pesar de considerarla central y pertinente. Por una parte, abordamos lo acaecido desde la instalación del peronismo en 1945, objeto y sujeto de las violencias políticas. Si bien la violencia se instala en el centro de las prácticas políticas en la década de los setenta, consideramos que no se la puede comprender sin atender, previamente, los años anteriores. Todo análisis debe incluir, en una sola mirada, el período 1945-1983. Considerar que la violencia se inicia a fines de la década de los sesenta es tan parcial como reducirla al período iniciado en 1976. Por otra parte, al inscribir la problemática en una temporalidad larga, aunque sin pretensiones de establecer continuidades absolutas, examinamos aspectos de la relación identidad-alteridad, instituida en el marco de los proyectos político-culturales gestados a fines del siglo XIX. Finalmente, debido a que consideramos que los conflictos y su resolución deben ser pensados como elementos indisociables de un solo y único proceso, se extenderá el examen a los años inmediatamente posteriores a 1983, que encuentran en 1989 el fin de un ciclo tanto a nivel nacional como internacional.

La reflexión sobre los nacionalismos pretende ser un instrumento útil para explorar nuestros centros de interés científico: el espectro de las variaciones del pensamiento estratégico y la relación de la política con la guerra. Forma parte de un proyecto de investigación mayor, desarrollado en el marco del Centre National de la Recherche Scientifique de Francia, que tiene por objeto reconstituir la construcción de culturas estratégicas y de alteridades amenazantes, así como los intercambios de representaciones y doctrinas que, en el curso de una larga extensión que abarca desde la Conquista hasta el siglo XXI, participaron y participan en la formación de las sociedades latinoamericanas.

Las culturas estratégicas tuvieron, y tienen, un alcance profundo en relación con la gestión de las violencias, las prácticas represivas y las formas de resolución de los conflictos en el conjunto de las sociedades latinoamericanas. De suma injerencia respecto de las complejas transformaciones económicas, sociales y culturales que se produjeron y que continúan, aún hoy en día, produciéndose. Nuestra meta radica en comprender el problema de la influencia de dichas culturas en el diseño y concepción de la seguridad, así como también los valores sociales e ideológicos, incluido lo religioso, que subyacen a la gestión violenta de la “cuestión social” en América Latina. Estos procesos son todavía no muy conocidos y, lamentablemente, poco estudiados. Más allá del caso latinoamericano, este enfoque o aproximación permite indagar tanto en aspectos hasta ahora ignorados sobre el poder cuando se apoya en la amenaza de muerte como acerca de su relación con la supervivencia del colectivo de identificación.

El libro intenta contribuir a la comprensión del proceso histórico-cultural de los nacionalismos y su relación con la violencia en la Argentina mediante el análisis de sus representaciones y prácticas estratégicas. Buscamos entender las particularidades del nacionalismo a nivel estratégico en Argentina, así como su vinculación con la militarización de la escena política. Nos cuestionamos con respecto a la universalidad y la particularidad de los esquemas mediante los cuales se instituye a un “otro” negativamente, por el cual se le confiere un tinte de amenaza.

Para desarrollar este trabajo fue necesario determinar los grupos sociales, las instituciones y los individuos que, a partir de la reivindicación de la nación como colectivo de identificación, producen o intentan producir discursos sobre la amenaza, la seguridad o la defensa, y tratan de imponer sus definiciones al resto de la sociedad. Ahora bien, el lugar de estos sectores en la vida política argentina está subordinado al objetivo fundamental, el estudio de lo estratégico. Queda claro que este no es un libro sobre el nacionalismo, aunque ayude a comprenderlo, en particular, sus modificaciones estructurales, sino sobre sus representaciones y prácticas estratégicas.

Hecha esta necesaria salvedad, cabe agregar que las representaciones que se estudian no están consideradas como un elemento aislado. Son parte

constitutiva de la historia política. Inseparables de los actores concretos que las producen y las portan —que no se reducen a las Fuerzas Armadas y de Seguridad— y de las interacciones entre clases sociales y entre naciones, ellas no admiten ser aisladas de las “condiciones de producción”. Las representaciones estratégicas forman parte de la estructura diacrónica de la historia de la violencia y son tan determinantes como los hechos que ellas expresan y sobre los que, al volver, sugieren una modalidad reflexiva.

Constitutivo de lo político, lo estratégico implica y posee una dimensión particular, dada por su relación con ese hecho fundamental, la protección de la vida. De dicha dimensión se desprende la independencia de lo estratégico con respecto a lo ideológico, aunque los debates sobre la seguridad se encuentren atravesados por posiciones ideológicas. Si lo político puede definirse como aquello que tiene relación con el poder; lo estratégico es lo que tiene relación con el poder en la medida en que se apoya sobre la amenaza de muerte.¹ Esa íntima relación entre lo político y lo estratégico condiciona el campo de estudio.

En nuestro abordaje, la estrategia concierne a la toma de decisiones destinada a garantizar la supervivencia de un colectivo de identificación. Por ello, implica más que la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver un conflicto o para lograr fines políticos. Tampoco debe ser reducida —como es propio de una cierta tradición anglosajona— a la combinación de todos los instrumentos del poder para alcanzar objetivos. Referido en última instancia a la salvación, el análisis estratégico exige la consideración del conjunto de las instituciones, actores, técnicas y métodos, mediante los cuales los diferentes “nosotros” intentan preservar su seguridad como garantía de supervivencia. La noción de amenaza comporta aspectos distintos de los militares.

Nuestra proposición de trabajo coloca el estudio de las representaciones que acompañan los criterios de decisión bajo la amenaza de muerte en el centro del debate sobre las violencias. Nos cernimos, como campo de estudio, a la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. No reducimos nuestro enfoque al terrorismo de Estado o a la práctica de la lucha armada. Dada la naturaleza inherentemente política de la violencia analizada, la Argentina de la segunda mitad del siglo XX constituye un cantero empírico apropiado para abordar la relación entre lo “político” y lo “militar”.

Construir un dispositivo analítico útil para la comprensión y explicación del fenómeno de las violencias gira en torno a la percepción de la amenaza, en general, y a la idea de enemigo, en particular. La reflexión del nacionalismo en relación con la amenaza es larga y rica, central para la historia política argentina. Ha absorbido las contribuciones de otras tradiciones y, a su vez, las ha influido. En este marco intentamos dar cuenta de las diferentes maneras que

1 Alain Joxe. *Voyage aux sources de la guerre*. Paris, Presses Universitaires de France, 1991, p. 44.

los nacionalismos argentinos han tenido que debatir sobre la amenaza. En la medida en que ellos construyen culturas políticas, el debate estratégico semeja un debate sobre la Argentina, sobre el modelo de país.

La función de nuestro dispositivo de estudio no consiste, solamente, en identificar al adversario, sino, sobre todo, en comprender la construcción de una alteridad amenazante y su incidencia en el sistema político a nivel nacional e internacional. El estudio de la percepción de la amenaza forma parte de un ejercicio intelectual más vasto que hemos querido impulsar; construido sobre el lugar de la alteridad en la política, en general, y en lo estratégico, en particular. La alteridad es un elemento constitutivo del conflicto y, por ende, de “lo político”. En la construcción de esa alteridad amenazante, se expresa sin ambigüedades, a la vez, la distancia irreversible, en términos de valores, proyectos políticos e intereses sociales, y la proximidad evidente de las representaciones del conflicto que caracterizaron a las distintas corrientes del nacionalismo argentino. De lo que se trata es de ilustrar las diferentes dinámicas creadas alrededor de las líneas constitutivas de demarcación de las fronteras identitarias (territoriales, político-ideológicas y sociales) en sus múltiples construcciones y desconstrucciones.

Planteamos la cuestión de las condiciones de emergencia de las figuras de una alteridad amenazante, así como la movilización de los miedos y de los odios en una lógica de captación de poder en el marco de una sociedad y un sistema internacional altamente conflictivos. El objetivo es explicitar las representaciones políticas y estratégicas favorables para el desarrollo de prácticas violentas a partir del uso que hacen las diferentes fuerzas políticas nacionalistas. Analizaremos cómo el discurso sobre la violencia forja sujetos que se inscriben en un amplio espectro de opciones que no puede reducirse a aquellos que resisten o consienten.

El “nosotros” y el “otro” y sus variantes, el “amigo” y el “enemigo”, constituyen datos esenciales e inseparables de una gramática estratégica, política, común al conjunto del nacionalismo argentino. El nacionalismo instituye necesariamente un afuera. Ese espacio posee la doble particularidad de ser distante y próximo al mismo tiempo, de representar la distancia infranqueable de la diferencia y la proximidad conflictiva de la realidad antagónica. De la imagen del otro emana, a menudo, la definición explícita de lo que está en juego. En este marco, la investigación apuntó a desarrollar una reflexión sobre la cuestión de la vecindad política, social y territorial; sobre las formas de gestión de las fronteras y de las prácticas fronterizas tanto a nivel infra como interestatal.

Los frutos de la investigación que proponemos, comparativa y pluridisciplinaria, permiten reconstituir características no consideradas hasta ahora de los procesos de intercambios violentos en América Latina, pero también, aspectos esenciales de la relación con las metrópolis, desde las influencias de

las ideologías europeas hasta las consecuencias de las políticas de seguridad de los Estados Unidos. Las representaciones políticas y estratégicas se encuentran fuertemente influidas por la circulación de saberes. Pensar la guerra en la Argentina del siglo XX es evocar tanto a Prusia como a Francia o a los Estados Unidos.

Hemos analizado la sociedad argentina sin perder de vista el clima de ideas generado por las diferentes coyunturas internacionales. Para ello, ha sido indispensable considerar los factores y agentes exteriores, los amplios movimientos y circulaciones que influyen en el sistema político. La combinación de la escala nacional con la escala regional e internacional permite analizar mejor la naturaleza de las variantes de un mismo fenómeno y sus relaciones en contextos internacionales, caracterizados por un proceso de circulación de ideas y de modelos políticos, pero también, de individuos, a través de migraciones, viajes de formación, exilios o implicación en luchas desarrolladas según representaciones cercanas en geografías diversas.

2. Lo estratégico como objeto de estudio, entre *pólemos* y *stásis*

Una dificultad propia del desarrollo de este tipo de trabajo resulta de la tendencia a reducir la problemática estratégica a los estudios militares. Lo estratégico no puede ser reducido a la guerra bajo su forma convencional –es decir interestatal– ni es patrimonio de la reflexión en torno a lo concerniente a los ejércitos regulares. Debemos extender el estudio a las fuerzas de seguridad y a los grupos civiles que combaten junto con fuerzas regulares o contra ellas. En este sentido, América Latina presentó formas variadas de fuerzas irregulares.

Estamos lejos de una polemología. El pensamiento estratégico implica una mirada sobre *pólemos*, pero también, sobre *stásis*. En América Latina, *stásis*, en el sentido de insurrección, ha ocupado un lugar central todo a lo largo del siglo XX. La violencia de la guerra, el conflicto armado es, por cierto, una expresión de *pólemos*. A pesar de ser la forma más extrema y traumatizante, no agota el significado del análisis ni los debates estratégicos.

La Guerra Fría, en general, y la historia argentina posterior a 1945, en particular, exigen reconsiderar la dimensión de *stásis* como producto de una crisis política, moral y social. Crisis resultante de un conflicto interno que expresa discordia, rebelión, disturbio cívico y revuelta en su dimensión fundadora. Es decir, entre ricos y pobres, entre lo que, en el lenguaje arcaico propio de la *stásis*, serían llamados los *eupátridas*, los “bien nacidos”, y aquellos a quienes estos últimos designan con el nombre de *kakoí*, los “feos”, “sucios” y “malos”. En cuanto insurrección, *stásis* ocupa, por razones diferentes, un lugar prioritario en las representaciones de todas las formas del nacionalismo argentino.

Esto nos lleva a pensar en las especificidades del caso latinoamericano. Las violencias extremas de las “guerras” deben ser puestas en la perspectiva de su ejercicio contra poblaciones excluidas del “nosotros”. En última instancia, es parte de las relaciones entre el prójimo y el lejano. Se trata de las relaciones con las clases populares asimiladas a clases peligrosas, de los indios y esclavos a los movimientos sociales de contestación contemporáneos. Esta particularidad tendría un denominador común con la violencia “colonial” practicada por las sociedades hegemónicas en sus periferias, algo que podría explicar, en parte, la circulación de representaciones y prácticas estratégicas.

Por otro lado, aunque el objetivo principal del trabajo responde a ese oxímoron constituido por la “militarización de lo civil”, la referencia a la institución militar es inevitable. Esto se explica por cuatro razones. Primero, por su responsabilidad en el empleo de la violencia. Segundo, por la especificidad de las Fuerzas Armadas, en cuanto institución que tiene la defensa de la nación como su razón de ser y goza del derecho, dado por el Estado, a una “violencia legítima”. Tercero, por la interrelación estrecha entre las Fuerzas Armadas y lo político en el siglo XX: el pensamiento militar participó en la historia de las ideas políticas en Argentina. Cuarto, por la circulación permanente entre las organizaciones políticas nacionalistas y los militares, que no se circunscribe a las influencias recíprocas. Miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que se reivindican como nacionalistas y civiles nacionalistas que participan o apoyan a gobiernos militares caracterizaron el siglo XX argentino.

Si las Fuerzas Armadas participaron de la fabricación de normas políticas y de la difusión del nacionalismo, este último es portador de valores inspirados en gran parte del mundo militar, tales como la legitimación patriótica, la jerarquía, la obediencia o la exaltación de la acción heroica. Es en este marco donde los actores, las doctrinas, los medios y las misiones militares son evocados.

Dentro del conjunto de trabajos que dan cuenta de las particularidades y los isomorfismos del fenómeno militar, la investigación desea contribuir, a partir del estudio de las culturas estratégicas, a un mejor conocimiento de las Fuerzas Armadas y de su relación con la violencia. Sin embargo, este libro no es un trabajo de sociología militar. No pretende buscar respuestas, que se limitan a una política de seguridad en el sentido clásico, militar, del término. No procuramos bosquejar el panorama de las instituciones ligadas a la defensa ni de poner de manifiesto los cambios a nivel militar en la Argentina, sino definir el rol y la significación de la amenaza en los nacionalismos argentinos y su incidencia en la formación de una cultura estratégica.

En ese marco, hemos realizado opciones que quisiéramos justificar sucinamente. El trabajo pretende ser un diálogo entre el peronismo(s) y las otras formas de nacionalismo. El lugar acordado al análisis del movimiento fundado por J. Perón se debe al hecho 1) de haber sido –y ser– la manifestación

política más importante que reviste el nacionalismo en Argentina; 2) de encontrarse atravesado por las diferentes y antagónicas corrientes del nacionalismo; 3) a la importancia del “otro” en su construcción. La alteridad es un elemento central para comprender la *autopoiesis* que parece caracterizar a los peronismos, esa propiedad de reproducirse a sí mismo y mantener su estructura a pesar de los cambios de sus componentes. La vigencia del movimiento fundado por J. Perón debe considerar que la identidad peronista se articula permanentemente en relación con un “otro” amenazante; 4) de constituir un fenómeno político con una fuerte dimensión estratégica.

El análisis estratégico del peronismo no puede ser reducido a las influencias de Clausewitz o de Von der Goltz en Perón o al análisis de sus textos, en particular, los *Apuntes de Historia militar*. El peso de las consideraciones militares en las concepciones políticas de Perón constituye solamente un aspecto. Desde los lustrabotas, que pasaban a los militantes de la Resistencia Peronista las latas de betún vacías para ponerles petardos, hasta J. Troxler, que fingió estar muerto en los basurales de J. L. Suárez luego de ser fusilado por los militares, la historia del peronismo está plagada de hechos con connotación estratégica. La importancia de la experiencia individual obliga a la consideración de escalas de análisis.

Considerar las relaciones entre política y guerra en torno al peronismo implica tanto las acciones de las diversas organizaciones que así se reivindican como las formas de su tratamiento por las elites, en general, y por los militares, en particular. Más que adherir a la interpretación simplista que considera que el peronismo militarizó la política argentina, destacar su dimensión estratégica supone la necesidad de incorporar al discurso sobre el poder el discurso de la guerra sin, por ello, reducirlo a este ámbito.

Este trabajo supone un retorno al conjunto de las investigaciones que han tomado como objeto al nacionalismo y a los debates teóricos que las han acompañado. La bibliografía sobre el tema es abundante, aunque es necesario subrayar que el conjunto ha ignorado las dimensiones estratégicas. En el caso del peronismo, a pesar de la gran cantidad de trabajos que se le consagraron, los tratados sobre la dimensión de lo estratégico, tanto en su formación como en su historia, son casi inexistentes. Una revisión de lo escrito sobre la violencia en Argentina muestra que, en proporción, priman las obras de corte militante, los textos testimoniales y los trabajos periodísticos por sobre los estudios académicos. Historias de vida y principios ideológicos han condicionado el tratamiento del tema.

Las cuestiones que abordamos nos conducen a utilizar una bibliografía tan diversificada como polémica que, en la mayoría de sus títulos, no explica sino una parte de nuestro tema, sin que ninguno de ellos le esté específicamente consagrado. Lo cual no quiere decir, en modo alguno, que no existan estudios reseñables. Un ejemplo es la bibliografía sobre la cuestión militar,

relativamente rica, pero centrada más bien en la temática cívico-militar, principalmente, en la reflexión sobre las intervenciones militares.

Una revisión de la producción en ciencias sociales referida a la violencia política en Argentina, tanto en los autores extranjeros como en los argentinos, deja ver la ausencia de análisis centrados sobre culturas y representaciones estratégicas. En Argentina, las ciencias sociales han encontrado dificultades para evocar los vínculos entre los parámetros económicos, culturales e históricos y los imperativos estratégicos. De la misma manera, nos hemos encontrado con la ausencia de un discurso crítico respecto de la incidencia de una alteridad negativa sobre las diversas maneras de concebir, evaluar y emplear la violencia en la acción política en Argentina o sobre la dimensión estratégica de la nación. Elemento clave del período histórico contemporáneo, su análisis tiende a ser subordinado al del Estado y sus instituciones coercitivas y sus formas de vigilancia.

En la primera década del siglo XXI, una cierta forma de revisionismo atravesó los debates sobre las memorias y posibilita, no solo desde el testimonio o el ensayo, una reflexión más general con relación a la violencia y la política.² El clima de época permitió el pasaje al acto de una tendencia, en potencia desde fines de la década de los noventa, que pregona por la modificación del relato que concebía a las víctimas del terrorismo de Estado como “inocentes” a otro que busca reivindicar su participación política. En ese marco surgieron intentos diversos de subrayar la importancia de la dimensión cultural de conflictos que generalmente habían sido analizados desde el ángulo socio-político o económico. Sin embargo, lo estratégico sigue siendo un terreno que no ha sido explorado exhaustivamente. La reflexión consagrada a los temas que guían este libro –la relación identidad/alteridad como dimensión central de la cultura estratégica, la importancia de las representaciones estratégicas en las coincidencias y divergencias entre los diversos actores políticos que apelaron a diferentes formas de violencia –como el lugar de la percepción de la amenaza en la toma de decisión, la independencia de lo estratégico con respecto a lo ideológico, los modos de construcción del enemigo y sus métodos para neutralizarlo, etcétera– sigue siendo prácticamente inexistente.

3. La Guerra Fría o la primacía del conflicto político

Nuestro interés por los actores políticos nacionalistas y sus puntos de vista se asienta en una temporalidad donde el conflicto político tuvo un rol central,

2 Sobre los usos del pasado en el marco de una historia del tiempo presente, ver Luc Capdevila y Frédéric Langle (comps.), *Entre mémoire collective et histoire officielle. L'histoire du temps présent en Amérique Latine*. Rennes, PUR, 2009, en particular, la introducción, pp. 9-24.

tanto a nivel nacional como internacional. Por un lado, la Guerra Fría implicó un momento crucial de un siglo XX marcado por lo estratégico, en general, y por la relación entre lo político y lo militar, en particular. Dicha particularidad del siglo se manifiesta, a su modo, en la importancia de las ideologías militaristas, pero también, en las diferentes formas de recurrir a la violencia en política o en el aumento de la capacidad de destrucción, de la cual el arma nuclear será la expresión extrema. Por otro lado, la subversión de las relaciones sociales establecidas que provocó el peronismo conduce a la emergencia de una Argentina plebeya, que es necesariamente conflictiva.

Los límites de una época (1945-1989) no solo son fijados por razones pragmáticas. Desde los ochenta, se producen cambios palpables en las formas que adopta la política. Cambios que se traducen en la manera de encarar los conflictos sociales. Se inicia un nuevo ciclo. Así, con la Guerra Fría desaparece, por un lado, la principal “excusa” para la intervención militar. Por otro, finaliza un ciclo, en el cual la promoción por el nacionalismo de corte reformador o transformador –bajo la forma populista o jacobina– de una democracia social destinada a crear un Estado de bienestar podía implicar modalidades de comportamiento intolerantes que afectaran derechos de las minorías.

El ciclo analizado corresponde tanto a la Guerra Fría como a una determinada forma asumida por el peronismo, que acabará en 1989 con la transformación ideológica introducida por el entonces presidente, C. Menem. El derrumbe de la Unión Soviética, a nivel externo, y el ensayo de refundación civilizacional producido por el menemismo, a nivel interno, implican el inicio de un nuevo ciclo que afecta a lo estratégico y al nacionalismo, los dos ejes de nuestra reflexión.

El movimiento fundado por Perón es una identidad política propia de “la era de los extremos”. Concebido en la época de los fascismos, el peronismo se desarrolló en el contexto de la rivalidad entre dos formas de organización política, social y económica, intentando trascender dicha dicotomía. Sin ser un producto del orden bipolar, se encuentra profundamente configurado por una Guerra Fría que, vista en perspectiva, no es otra cosa que la forma que asume, en la segunda parte del siglo XX, la guerra ideológica nacida en 1789. El desembarco del liberalismo en la década de los noventa produjo recomposiciones identitarias expresadas en sectores que intentan definirse como peronistas, que poco tienen que ver con el heterogéneo movimiento fundado por Perón. La “derecha” peronista no es la misma antes y después del menemismo. La proliferación de ex miembros de la Unión del Centro Democrático (UCeDe) no puede reducirse solo a un oportunismo político.

La temática abordada obliga a una serie sucesiva de miradas retrospectivas que terminan conduciendo a la formación del Estado poscolonial. Remontarse a fines del siglo XIX para entender la emergencia de los nacionalismos implica

considerar una tradición de larga data. Ahora bien, por un lado, no adherimos a interpretaciones simplistas construidas sobre una supuesta continuidad absoluta de la “ideología” nacionalista. Por otro, partimos de una premisa diferente, de la de los trabajos que han visto en las diferentes formas del nacionalismo el componente autoritario y el recurso a la violencia que había dominado la cultura política argentina en cuanto herencia cultural, producto de la tradición hispánica. El objetivo exige no solamente una revisión de una cierta visión culturalista, sino también dejar a un lado la banalidad, de reducir el nacionalismo argentino a un conjunto de grupos inclinados a la violencia. La presencia del siglo XIX tiene tanto o más que ver con representaciones y saberes políticos y estratégicos condicionados por el positivismo, la geopolítica o una forma de pensar la guerra fundada en el pensamiento de Clausewitz y/o Von der Goltz que con las guerras civiles entre unitarios y federales o el caudillismo.

En el curso de los dos últimos siglos, el paradigma militar occidental fue un elemento determinante de la formación de ese “Extremo Occidente” que constituye América Latina. La construcción del Estado nacional fue, en gran parte, el fruto de la difusión de prácticas y de técnicas militares importadas de Europa. En las sociedades periféricas, la promoción de las representaciones occidentales participó en la difusión de un saber estratégico, que tuvo no solo consecuencias en términos de organización de fuerzas o institución de doctrinas. La generalización de un modelo o paradigma militar occidental implicó el debilitamiento o desaparición de concepciones estratégicas endémicas. Fenómeno global, la “europeización” de la guerra afectó tanto a las montoneras argentinas como a los samuráis del Japón. La desaparición de las concepciones telúricas de la guerra no las borra totalmente. La proyección de las sociedades europeas aparejó no solo formas de occidentalización, sino también fenómenos de reconfiguración. Las concepciones sistematizadas en el pasado poscolonial latinoamericano se prolongan en las diversas prácticas genocidas, pero también, en las formas múltiples de resistencia, en las rebeliones étnicas, sociales y políticas. Van a enriquecerse con la mezcla y las circulaciones, como lo ilustra, a principio del siglo XX, el recurso al atentado estrechamente vinculado con el pensamiento anarquista europeo.

4. La necesaria mirada retrospectiva

La adaptación de una tesis a un libro³ supuso que esta fuera reescrita. El resultado dejó más que una lógica frustración. Se encontraba en potencia la

3 Edgardo Manero. *L'Autre, le Même et le Bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin, ruptures et continuités dans le désordre global*. Collection La Philosophie en Commun. Paris, L'Harmattan, 2002.

posibilidad de un nuevo trabajo, que además de movilizar material acumulado y no publicado, permitiera profundizar ideas y desarrollar hipótesis preanunciadas. Sin embargo, consecuencia lógica de búsquedas emprendidas posteriormente, al ser puesto en práctica, el proyecto mutó. La mirada retrospectiva que acompaña toda reescritura abrió perspectivas diferentes de investigación. Paradójicamente, el análisis centrado en lo “nuevo” –la Posguerra Fría– condujo a la necesidad de dar a la investigación una mayor profundidad histórica. Este giro se debió más a la búsqueda de claves explicativas que a la necesidad de distancia respecto a un objeto de estudio en construcción permanente. La historia representa un saber necesario para el análisis estratégico. En este marco, intentamos relacionar, a partir del empleo de la violencia, las causas de las transformaciones experimentadas tanto por el nacionalismo como por la política con las mutaciones sociales de su tiempo.

En el trabajo anterior habíamos tenido en cuenta la dimensión histórica y, sin que haya sido el objetivo principal, procuramos tomar distancia con la crónica de lo contemporáneo. Para ello, situamos la investigación en un contexto y una perspectiva amplia, que se extendía hasta la formación del Estado poscolonial.⁴

Para interrogar lo estratégico, elegimos una temporalidad larga. En ella inscribimos las formas de conflictividad instaladas con el fin del ciclo bipolar. Se estudiaron los conflictos en diferentes escalas –local, nacional, regional, transnacional– y los usos políticos efectuados por los herederos del nacionalismo de cuestiones tan diversas como la inseguridad urbana, la guerra contra la droga, el terrorismo o la globalización. Se trató de situar al objeto de estudio en un contexto que explicara el momento presente, por lo que se suministró un marco de referencia apropiado para identificar las huellas del pasado en las percepciones contemporáneas de la amenaza. Las marcas de la historia contenidas en los problemas que estudiamos nos permitían abordar, con mayor inteligibilidad, por la vía del comparatismo, la realidad emergente a fines del siglo XX.

En el marco de la institución de ese nuevo código de la hostilidad que pivotea sobre la alteridad social –y ya no la ideológica–, que caracteriza a la Argentina contemporánea, representaciones arcaicas, en el sentido etimológico del término –de origen, comienzo–, se reinstalan y se superponen a nuevas representaciones de carácter transnacional. Estas representaciones estratégicas habían estado siempre presentes, pero habían pasado desapercibidas debido a

4 En dicho trabajo, habíamos presentado una reflexión exhaustiva sobre un período de desorden caracterizado por la transformación simultánea de las “palabras” y de las “cosas” constitutivas de lo estratégico. Resultado tanto de las modificaciones del sistema internacional como de las sociedades nacionales, el campo de reflexión sobre la violencia en general, y sobre la defensa y la seguridad en particular, se expandió y se convirtió en el objeto de una renovación conceptual. No solo subrayamos las modificaciones de los actores con valor estratégico, sus percepciones y sus acciones de seguridad, sino también, el aparato conceptual destinado a la interpretación de los conflictos.

las características de los conflictos de la Guerra Fría. Desde los años noventa, por naturaleza y cultura, los jóvenes de sectores populares urbanos son vistos como una alteridad amenazante. Ese juego de suma cero social, en el cual ciertas muertes oscilan entre ser consideradas como necesarias o consecuencia secundaria o colateral de la neutralización de un “otro”, que afecta la supervivencia del “nosotros”, no es una novedad absoluta. Si todo tiempo pasado fue distinto, el pasado todavía es presente. La exigencia de tomarlo en cuenta demandaba aprehender la historicidad de los fenómenos sociales. El paralelismo con otras coyunturas debería tomar en cuenta que la historia es interesante por sus cambios.

El aparato conceptual, con el que analizamos los factores materiales y simbólicos que condujeron a una lógica de guerra y explicamos las transformaciones del nacionalismo argentino en los años noventa, devino progresivamente un objeto de investigación en sí mismo. Material y notas que formaban parte de un dispositivo de análisis adquirieron autonomía y fundaron un nuevo proyecto de investigación y de escritura, no desde la contemporaneidad, sino desde ese oxímoron que constituye la historia inmediata o del tiempo presente.

El análisis histórico del “presente” debe ser considerado en el marco de las transformaciones de los últimos años. La subversión en curso de la relación pasado(s)-presente(s) potenció la aproximación sociohistórica al objeto de estudio que iniciamos a fines de los años noventa. La aceleración de los tiempos en la circulación, la facilidad en el acceso y la cantidad de información afectan tanto la evaluación de lo pasado como manifiestan la necesidad de recuperar el sentido del término “historia” para la contemporaneidad, inclusive la más inmediata. Por ejemplo, el caso *Wikileaks* implicó una modificación en las leyes generales y en los principios que habían regido tradicionalmente la construcción de conocimiento en el campo de la historia de las relaciones internacionales. La obtención y divulgación de ese material confirma la renovación metodológica que implica los aportes de las nuevas tecnologías.

Si bien la construcción de nuestras interrogaciones continúa produciéndose a partir del mundo contemporáneo, el interés por la historia no se agota en describir los procesos de transformación de los hechos sociales con el fin de comprender las sociedades actuales. El objetivo es ubicar los fenómenos sociales con valor estratégico en su espesor histórico y poner de manifiesto los diferentes contextos en los cuales se desarrollaron. Nuestra concepción del análisis estratégico se volvió inseparable de una serie sucesiva de miradas retrospectivas, lo que supuso la necesidad de una arqueología de la alteridad amenazante. El ciclo de construcción de la Argentina plebeya no constituye más que un primer estrato.

Cabe destacar que el trabajo no se propone realizar una historia de las organizaciones nacionalistas que emplearon la violencia ni pretende dar una explicación general de la violencia política en Argentina. Intenta construir un

enfoque capaz de explicar un aspecto del problema de la violencia política, su relación con las culturas y representaciones estratégicas, para lo cual, debe ponerlo a prueba a partir del análisis empírico.

El trabajo encuentra su problemática en la intersección de las “Humanidades”. Nuestro abordaje de lo estratégico consistente en interpretar las prácticas políticas violentas mediante la relación con sus condiciones sociales e históricas de posibilidad y desarrollo es de un orden que podríamos denominar transdisciplinario. El objetivo de este abordaje es la formulación de una “teoría política” –lo estratégico es constitutivo de lo político–, con basamentos empíricos, inscrita en una temporalidad larga. Para lo cual debemos comprender, articular y explicar enunciados teóricos y datos. Esto implica analizar los conflictos y los hechos de violencia como elementos prioritarios de las relaciones sociales, culturales y políticas, y orientar la mirada hacia las formas concretas de su manifestación, situadas local e históricamente. Lejos de privilegiar el hecho violento en detrimento del social, el análisis estratégico lo reintroduce en la misma naturaleza del poder. Es la utilización o la posibilidad de la utilización de la fuerza lo que da a lo estratégico toda su especificidad. El recurso a la misma confiere al campo de análisis estratégico su significación y lo diferencia de otros dominios de lo político.

Cuestionando el enfoque que separa la política interna de la externa,⁵ implicando más que los conflictos armados y no haciendo del análisis de las relaciones de las rivalidades de poder con el espacio más que uno de sus aspectos, el estudio de lo estratégico no puede resumirse a las relaciones internacionales, a una historia militar y/o diplomática o a la geopolítica.

La conjunción compleja de factores que implica lo estratégico requiere estudios comparados más allá de las fronteras metodológicas tradicionalmente admitidas. Por eso, nos esforzamos en combinar enfoques de disciplinas diversas. Ahora bien, más que llevar adelante una reflexión epistemológica sobre las relaciones entre los diferentes campos que las componen con respecto a las violencias, se confrontan los enfoques respectivos que proponen. Ponemos a prueba el procedimiento y los resultados de cada una de esas disciplinas mediante los cuestionamientos salidos de las otras. La idea última radica en aprehender todo a la vez, la pertinencia de las diferentes disciplinas y la subversión de los límites. La transdisciplinariedad forma la condición misma de posibilidad del trabajo. El análisis estratégico está orientado por la consideración de los conceptos y los métodos ofrecidos por las diversas disciplinas.

Se trata de la voluntad de conjugar los distintos puntos de vista de las ciencias sociales y de la filosofía gracias a la asociación de una “teoría” política,

5 La visión tradicional de las relaciones internacionales tiende a excluir de su campo de estudio las situaciones conflictivas dentro de los Estados, como la guerra civil.

estructurada sobre el dominio contemporáneo –lo estratégico es constitutivo de lo político–, con una “epistemología” del hecho estratégico, que no separe el aspecto “teórico”, en cuanto fundamento y modo de producción del conocimiento de la historia de las prácticas destinadas a garantizar la conservación del nosotros.

Esta voluntad parte de un cuestionamiento respecto del rol de la acción violenta resultado de la acción humana o de la naturaleza en las modalidades de la movilización colectiva y de las prácticas políticas.

Nuestro proceder tiende a subrayar las fronteras imprecisas o vagas entre las Humanidades. Las ciencias sociales pueden compartir, como disciplinas, el mismo campo de estudio a pesar de que refieran a conceptos específicos y que utilicen métodos diferentes. Tampoco negamos que los aspectos considerados como los más significativos en cada una de ellas sean distintos o que la cuestión epistemológica, la cual refiere a la posibilidad misma del conocimiento de la “realidad”, difiera entre una disciplina y otra. Filosofía y ciencias sociales tienen puntos de vista diferentes –o una perspectiva particular– sobre los objetos de conocimiento, pero encuentran en las relaciones de las sociedades políticas con la supervivencia del “nosotros” una preocupación común y recurrente, para su análisis, a una multiplicidad de conceptos que hoy son parcialmente comunes. Esto sería solo una trivialidad si no hubiera un cierto retorno de lo corporativo, que parece caracterizar el mundo universitario contemporáneo, más allá de los discursos críticos sobre la parcialización de los saberes. Si los objetos sobre los cuales las disciplinas escogen detenerse evolucionan en el curso del tiempo, las relaciones también. En este marco, la circulación entre disciplinas termina constituyendo, más que un “método”, una actitud y una posición frente a las orientaciones de la investigación social.

El hecho estratégico forma parte tanto de las ciencias sociales y humanas como de la filosofía, aunque el carácter más bien reducido del pensamiento filosófico dedicado a las relaciones internacionales, la ocupación de un lugar discreto según P. Hassner,⁶ condujo a pensar que el hecho bélico sería exógeno a la reflexión filosófica. Las guerras deben ser pensadas como un problema filosófico de magnitud. Plantean cuestiones sobre las instituciones, la naturaleza humana –los debates estratégicos suelen no escapar de un debate sobre la “esencia” negativa o positiva del hombre–, las relaciones intersubjetivas y sobre la cuestión constitutiva y esencial de lo político: el poder.

Si la guerra externa no ha sido una preocupación central de la filosofía, lo estratégico es una de sus razones de ser. Aunque pudiéramos admitir que, excepto Tucídides y Plutarco, los filósofos antiguos tratan apenas la guerra, las

6 Pierre Hassner. *La violence et la paix*. Paris, Seuil, 2000, p. 27.

relaciones entre ciudades,⁷ la preocupación por el equilibrio interno de la *pólis* y la aspiración a la pacificación social que atraviesa la filosofía, y no solamente la antigua, son profundamente estratégicas. La guerra, desvelada, deja aparecer el conflicto social. Paradójicamente, esta ausencia de reflexión sobre la guerra es percibida como el resultado de la prioridad consagrada a la paz social. La preocupación por el “querer vivir juntos” explicaría, para ciertos autores, el “ocultamiento” o la falta de interés de los filósofos por los desafíos de las relaciones internacionales.⁸

Pertinente para la perspectiva de un historiador de lo estratégico que ha elegido como objeto lo contemporáneo, la transdisciplinariedad posibilita una mirada de conjunto de los pasados apropiada para la historia del tiempo presente. El enfoque transdisciplinario interroga no solo los rótulos, sino también el trabajo mismo del cientista social. Implica una concepción totalizadora de la construcción del conocimiento sobre las sociedades que, paradójicamente, reposa en la diversidad, producto tanto de la utilización de conceptos venidos de fuentes disciplinarias diferentes, aunque próximas, como por el recurso a los múltiples útiles desarrollados por las ciencias sociales para interrogar las fuentes.⁹ Sin embargo, la transdisciplinariedad no puede reducirse a la enunciación de la circulación entre disciplinas o a la recuperación de conceptos y metodologías.

Hay una cierta especificidad en el proceder. Tiene que ver con que la pluralidad, en la relación con el objeto, concierne no solo a la opción metodológica, sino también a la elaboración del *corpus* de fuentes. La explicación reside en el respeto del principio epistemológico, que concibe el objeto de investigación como una creación del punto de vista del investigador. Esto no constituye un hecho menor en relación con el estudio del pasado, dado que se opone a la idea de que el archivo, por la sola homogeneidad de su contenido, puede circunscribir un objeto de estudio.

En consecuencia, establecimos un *corpus* de fuentes múltiples. Por un lado, los documentos institucionales constituyen un conjunto donde confluyen las declaraciones y los comunicados con los programas y manifiestos, las cartas y las gacetillas con los panfletos y los folletos de propaganda. Por otro lado, la literatura, bajo la forma de la ficción, del ensayo y del texto pedagógico —en particular de historia y de geografía— y la prensa, tanto general como partidaria. Frente al escaso material institucional, la prensa partidaria constituye una base empírica importante, lo que explica, en parte, el desarrollo de investigaciones centradas en ella. Las organizaciones políticas poseían en general una

7 Ver Frédéric Ramel y David Cumin. *Philosophie des relations internationales*. Paris, Presse de Science Po, 2002, pp. 9-10.

8 Ibídem, p. 10.

9 Así, *L'Autre, le Même et le Bestiaire*, op. cit., se construyó sobre el equilibrio entre el análisis de contenidos, la entrevista y la observación participante.

publicación que reflejaba las opiniones del conjunto, aunque el consenso sobre líneas editoriales fuera relativo.

Finalmente instituímos unidades de análisis menos tradicionales, como registros auditivos (esloganes, cantos y canciones) o visuales (pinturas, iconografías, fotografía, cine y vídeo) y grafitos. Una atención particular fue otorgada a los cánticos. Estos constituyeron un medio tradicional de expresión política y social, en particular en un movimiento como el peronismo(s), que tradicionalmente se expresó en el espacio público. El trabajo fue completado con entrevistas que tuvieron tanto una función de orientación como de recolección de información precisa, y que se revelaron apropiadas para acceder a la trama de sociabilidad de la época.

Nuestro enfoque expresa un planteo cognitivo que podría insertarse en la corriente que se denomina sociohistoria.¹⁰ La diversidad de investigadores y de trabajos que se identifican con la sociohistoria, sumada al hecho de que estos no se despliegan a partir de métodos específicos, le otorgan al término una multiplicidad de sentidos.

Aunque el enfoque sociohistórico busque trascender el tratamiento de cuestiones históricas mediante una perspectiva pluridisciplinaria, funciona, en general, como un recurso para designar investigaciones que asocian o se colocan, a la vez, bajo la historia y la sociología o que reposan sobre una combinación de principios de estas disciplinas. Lógicamente, el enfoque sociohistórico tiende a subrayar las imprecisas fronteras entre las ciencias sociales.¹¹ En nuestra interpretación, la expresión no conduce a un posicionamiento de orden epistemológico, en cambio, aboga por un procedimiento de trabajo que permita disponer de útiles analíticos suplementarios y rechazar la existencia de una única metodología de trabajo para interpretar el pasado. Constituye una posición posible que permite interrogarse acerca de la descompartimentación de las ciencias sociales.

El objeto de nuestro trabajo se refiere a las transformaciones de lo estratégico, como transformaciones de lo político, transformación de lo social. En este sentido, analizamos lo estratégico en término de relaciones de poder. Nuestra mirada se interesa, sobre todo, por la transformación histórica de dichas relaciones, evidenciadas en esa tautología que son los hechos empíricos. Esto último, crucial para el historiador y relativizado por la teoría política, es la base de nuestra construcción conceptual. Es la investigación “histórica” –empírica– lo que permite someter a prueba el valor heurístico de los conceptos desarrollados.

10 Respecto del enfoque sociohistórico, ver los trabajos de Gérard Noiriel, uno de los precursores, especialmente, Gérard Noiriel. *Introduction à la socio-histoire*. Paris, La Découverte, 2006.

11 En particular con relación a la sociología histórica o con esa redundancia o tautología que es la historia social. Como sostiene L. Febvre, la historia es por definición absolutamente social, en Lucien Febvre. *Combats pour l'Histoire*. Paris, Librairie Armand Colin, 1992, p. 34.

Para llegar a nuestro objetivo, revisamos, a lo largo del trabajo, el conjunto de iniciativas impulsadas por los nacionalistas, así como los discursos que las acompañan, todo con el propósito de registrar las variaciones. Las amenazas y los riesgos ligados a las diferentes percepciones han sido ampliamente verbalizados; de allí, la insistencia de este trabajo sobre las palabras que anuncian las acciones exterminadoras, como si el clima moral hubiese estado prefigurado en el léxico utilizado, fabricado palabra a palabra. La apelación a la violencia participó en la construcción de las condiciones propicias para el pasaje al acto.

El objetivo es una reflexión, necesariamente especulativa, que se sostenga en los hechos, pero que exceda los acontecimientos, lo meramente procesal. Sin pretender llegar a establecer leyes, intentamos desbrozar y explicitar hechos que determinarían constantes y tendencias, es decir, el orden requerido para que se pueda hablar de un trabajo de investigación. En este marco, no se ha dado importancia a la descripción de los hechos, en su mayoría conocidos, sino a su interpretación y ponderación. Gran parte de la bibliografía existente se construyó alrededor del testimonio de los protagonistas y/o de la exposición cronológica de los hechos violentos. Si bien esto es necesario, no puede ser suficiente. El hecho violento, como todo hecho social, es a la vez único e histórico. Sin embargo, la toma de decisiones frente a la amenaza de muerte, destinada a garantizar la supervivencia de un colectivo de identificación, posee una cierta universalidad. En la comprensión de dicha tensión, radica la posibilidad de construcción de conocimiento sobre ese campo particular de lo político que es lo estratégico.

5. Compromisos no excluyentes

Nuestra investigación corresponde menos a un universo por describir que a un universo por construir. Desarrollamos un trabajo de reflexión y no de “descubrimiento”, intentamos aportar matices o distinciones que ayuden a la formulación de nuevas matrices interpretativas.

El lector comprenderá que todo lo que no es citado o discutido no es, sin embargo, ignorado. Como todo texto, es una realidad finita, limitada. Faltan archivos por explorar –como los de la Policía de la Provincia de Buenos Aires–, declaraciones de imputados en el marco de los juicios por analizar –como la exposición del general R. G. Díaz Bessone referida a la requisitoria fiscal en el juicio en el marco de la causa Feced–, entrevistas por realizar o textos universitarios por trabajar, que sin duda ayudarían a completar el trabajo.

En efecto, nuestra investigación tiene un carácter exploratorio, no agota el tema. Al contrario, abre otras perspectivas que podrán enriquecer tanto el debate sobre las culturas estratégicas y las problemáticas de seguridad y de

defensa como sobre los nacionalismos. Creemos que la reconsideración de los desarrollos existentes en estos temas y la formulación de nuevas líneas de investigación son necesarias.

En ciencias sociales resulta claro que los valores a los cuales adhieren los investigadores guían sus objetivos y comprometen sus interpretaciones. Por consiguiente, es necesario ser conscientes de los motivos que animan a desarrollar una investigación y producir un texto universitario, si dicha expresión quiere decir un método donde se pretende el respeto de ciertas reglas elementales, como condición de todo conocimiento posible. Considerar la perspectiva histórica sin caer en anacronismos y retroproyecciones axiológicas ha sido una regla importante. Los hombres y las instituciones son comprendidos en el contexto de su época, sus prácticas y sus valores. Abordamos cuestiones históricas, aunque estemos lejos de procesos cerrados.

Este libro pretende contribuir a la interpretación de la vecindad territorial, social o ideológica, en la conciencia de que toda ética, frente a la alteridad, es una construcción cultural y no el resultado de un determinismo. Trata de desmontar los mecanismos de hostilidad y la figura del enemigo como condición necesaria del desacople o separación de la política con respecto a la guerra tanto en el nivel interno como en el externo. Por lo tanto, es un libro de “historia política”, pero también de “historia de las relaciones internacionales”. El trabajo se inscribe en el conjunto de investigaciones que procuran una mejor comprensión tanto de la violencia en la cultura política argentina como de la inserción de la Argentina en el sistema internacional. En particular, trata de aislar los elementos que, en relación con la problemática de la seguridad, obstaculizan el desarrollo de procesos de integración puestos en marcha en América Latina. La integración se funda en un cambio en las relaciones con los vecinos más próximos, caracterizadas durante mucho tiempo por la desconfianza y la rivalidad.

El análisis de las representaciones del nacionalismo(s) es un elemento necesario para la comprensión de la relación entre Argentina, sus países vecinos y las potencias hegemónicas. El nacionalismo ha sido tradicionalmente una ideología fundamental en la región y ha tenido una influencia decisiva en la política exterior de los Estados. Para los nacionalismos, si la dialéctica de los proyectos de sociedad se expresaba a partir de una lógica de guerra, la política exterior se concebía como un juego de suma cero. Su percepción de la amenaza y de las estrategias de seguridad siempre ha estado ligada a la conceptualización del espacio regional.

En sus grandes líneas, el texto remite a la intención de emprender un análisis que posiblemente no sea políticamente correcto, pero que se estructura sobre el compromiso. Somos conscientes de lo que implica trabajar sobre el pasado inmediato, en lo que concierne a las violencias. Tan distante de toda

interpretación endogámica montada sobre “verdades reveladas” como del interés por la construcción de una memoria “militante”, sin los reparos de raigambre moral o ideológicos que suelen dificultar el estudio de la violencia política, este libro intenta romper simplismos interpretativos, explicaciones maniqueas como “los dos demonios” o “asesinos-víctimas inocentes”, comprensibles desde lo ideológico, pero inadmisibles desde lo científico.

Sin negar validez a la víctima inocente, la reducción al rol unívoco de víctima terminó por producir desconocimiento. Necesaria para establecer responsabilidades, mediante la diferenciación de víctimas y victimarios, la figura de la víctima cumplió un rol político y pedagógico imperioso, al ser una pieza central en la construcción de una memoria orientada a la condena del crimen estatal. Sin embargo, tendió a invisibilizar tanto la relación entre una concepción de lo político y la elección de una determinada opción, como el nivel de compromiso con proyectos de sociedad que, si bien no explican mecánicamente el desenlace de los acontecimientos, deben ser considerados.

Al interpretar los valores ideológicos y sociales subyacentes, el libro participa –lejos de las declaraciones normativas– de la necesaria revisión de los conceptos sobre la violencia que nos han sido inculcados desde el retorno de la democracia, tanto desde la política como desde la academia. Permite cuestionar el mito fundacional del proceso democrático abierto en 1983, la idea de que la sociedad, inocente, padeció a los demonios, el sustrato de una Historia oficial que responsabilizó a unos pocos y exculpó a la sociedad y a sus elites civiles de la tragedia.

Resultado, en general, del rechazo de los medios y de los fines, independientemente de que se trate de la modificación o la conservación del *statu quo*, los análisis sobre el fenómeno de la violencia “política” suelen expresar, generalmente, juicios de orden moral y/o político. La elaboración de la experiencia violenta en Argentina –y no solo la científica– debe superar, por un lado, el relato despolitizador de la guerra. Por otro, cuestionar una interpretación dualista, tendiente a afirmar política y guerra no como dos órdenes esencialmente distintos, sino como principios supremos irreductibles y antagónicos. Pretendemos mostrar el carácter ilusorio de ese antagonismo. Desmitificar el acto arbitrario de separación. Percibir una misma cultura estratégica en el interior de sectores enfrentados ideológicamente está lejos de establecer una relación de simetría en el uso de la violencia.

La coyuntura abierta en Argentina por el gobierno Kirchner para la revisión del pasado muestra que la pertinencia de este tipo de trabajo no es únicamente académica. También responde al orden de la política. El pasado no está cerrado, es parte del escenario político del presente. Así, una historia de lo estratégico permite echar por tierra el principal argumento de los que sostienen que fue el “terrorismo subversivo” el primero en recurrir a la violencia. La asimetría en

el trato de las partes, evidenciado en la “criminalidad”, impune todavía, de las organizaciones insurreccionales, es el principal argumento de deslegitimación de las políticas de derechos humanos desarrolladas por los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Esa historia posibilita entender que si la violencia de las organizaciones armadas no es sometida por la sociedad al mismo examen que la del terrorismo de Estado no es por simpatía, ni por la mirada benevolente que suele caberles a las víctimas o por las manipulaciones de la memoria del gobierno, como suele sostenerse, sino porque no es necesario. La visión establecida por la dictadura y continuada con el alfonsinismo con la teoría de los dos demonios, se mantiene instalada. Su fuerza como paradigma hegemónico resulta de una determinada visión de la relación política-guerra.

Nuestro compromiso se construye sobre la honestidad intelectual dada por la “verdad” de los hechos y de los escritos, expresada en el rechazo de las citas truncas, el cuidado frente a toda posibilidad de inversión del sentido de las intenciones o declaraciones y la negativa a toda posibilidad de textos citados sin referencia, salvo aquellos ampliamente conocidos, que impiden al curioso lector ir a ver por sí mismo. Ahora bien, honestidad intelectual no implica neutralidad axiológica frente a una historia épica expresada por una serie sucesiva de hechos protagonizados, principalmente, por seres anónimos, como “Esos”, que pretendían utilizar cañones de adorno en la Plaza de Mayo para intentar derribar los aviones que bombardeaban al gobierno que los había convertido en ciudadanos, o “Esas”, que desafiaron la dictadura al expresarse, en silencio, pero con la firmeza de lo cotidiano, en el espacio público.

6. Algunos ejes de reflexión

Nuestro abordaje del tema estará guiado por cuatro ejes. El primero está ligado a la relación establecida entre nacionalismo, conflicto y violencia. La apropiación de la nación se ubicó en el centro de los procesos violentos durante el siglo XX. Nos interesamos en los elementos que confluyeron en el desarrollo de una concepción de la nación determinada por la seguridad y estructurada sobre un discurso alarmista y defensivo, así como en la mecánica que provocó la utilización operacional de la potencia militar y la paralización de la diplomacia. En este marco, intentamos discernir las regularidades o constantes en las representaciones y en las percepciones que las fundan, y que incitan a la hostilidad y al odio.

El tema de la asimilación de la política a la guerra será objeto de un análisis particular, ya que suscita cuestiones sobre la naturaleza de los factores o de los elementos de la cultura política nacionalista, o relacionados con ella, que han sido las causas de la persistencia de una representación militar de la

vida social en Argentina. Esto nos lleva a reflexionar sobre la manera en que política y guerra son concebidas por las diferentes formas del nacionalismo argentino. Los nacionalismos han manifestado de la manera más transparente el momento político y el momento militar como dos tiempos diferentes de un mismo proceso para hacer frente a conflictos no solo sociales.

En primer lugar, desarrollamos una serie de herramientas teóricas a partir de las cuales proponemos una explicación causal del fenómeno estratégico. Este abordaje demanda, por un lado, la construcción de categorías de análisis, como cultura y representación estratégica, amenaza, lógica de guerra o sistema hoplítico. Por otro, un análisis detallado de ciertos momentos cruciales, representativos y necesarios para captar la singularidad del caso argentino, que implican más que la descripción exhaustiva de un período dado. Se intentará aprehender las huellas de concepciones disímiles de la guerra, como la “guerra total” o la “guerra justa”, de las cuales el pensamiento estratégico del nacionalismo argentino es tributario, así como la influencia de las escuelas geopolítica y clauswitziana. Una consideración particular es dada a la circulación de representaciones estratégicas en el marco de redefiniciones doctrinarias, consecuencia tanto de variables nacionales como internacionales. Se buscó comprender, asimismo, cómo una lógica de guerra modela gradualmente la cultura política argentina, al imponer la violencia por sobre todas las otras maneras de arbitrar los conflictos. Una definición más precisa remite al intento de dilucidar cómo dicha lógica colaboró en la subordinación progresiva de las diversas formas de participación política a lo militar. Llevada a su paroxismo, la lógica de guerra culmina en la idea de que el problema político del poder se resuelve en una forma militar entre un “nosotros” nacional y un “ellos” extranjero.

En efecto, ¿en qué momento se impone la lógica de guerra y por qué se produce el pasaje al acto? ¿Qué grupos se enfrentan o apelan a la violencia frente a situaciones que consideran injustas y que los llevan a matar y morir en nombre de la patria? ¿Cómo se transfiere una concepción de la guerra basada en una definición del sistema internacional como colección de Estados-nación soberanos con la mira puesta en la hegemonía mundial, al conflicto intrasocial? ¿Cuál es el rol de los intelectuales en la construcción de las representaciones estratégicas? ¿Qué relaciones mantiene la lógica de guerra con el contexto político internacional? ¿Cuál es la incidencia de procesos externos, como el cubano, en la relación nación-revolución? ¿Cuáles son las características de una lógica de guerra? ¿Cuál es el lugar del hecho militar en la definición de la naturaleza del poder y en la evolución de los lazos sociales en el curso de la segunda mitad del siglo XX? ¿Qué llevó a actores políticos y sociales diversos a preferir la opción militar entre otras opciones?

En el segundo eje examinaremos el lugar de la amenaza en la cultura estratégica del nacionalismo. Relacionaremos las representaciones divergentes

de la seguridad en las diferentes corrientes nacionalistas con las diversas amenazas y sectores sociales. Tendremos en consideración los usos políticos multiformes que se han hecho de la amenaza a lo largo del siglo XX. A partir de la percepción de la amenaza y de la conceptualización del enemigo, podremos establecer un marco de diferencias y de semejanzas entre posiciones nacionalistas variadas. La comparación permite identificar un cierto número de rasgos y de temas comunes a las diferentes formas del nacionalismo argentino y poner de manifiesto aspectos que, aunque no sean todos coherentes, permiten hablar de una estructura general ligada a la toma de decisiones bajo la amenaza de muerte. Somos conscientes de que cada uno de esos aspectos, considerados aisladamente, tiene redes de correspondencias precisas y complejas que exigirían otro trabajo de investigación.

Cuando se pretende comprender desde un ángulo estratégico, resulta necesario subrayar la concepción que se hacen los dirigentes o los que son responsables de esos temas. Parece difícil abordar el problema de la percepción de la amenaza sin previamente haber examinado lo que los nacionalismos conciben bajo los términos de sistema internacional, interés nacional, enemigo, seguridad, defensa, soberanía, autonomía, guerra y paz. Comprender la cultura estratégica requiere preguntar: ¿qué defender?, ¿en qué marco?, ¿contra y con quién? ¿Cuáles son las acciones desarrolladas por los responsables?, ¿cuáles son sus decisiones, sus prioridades, sus alianzas, sus compromisos? Se intenta aprehender cómo el peronismo(s) ha significado, con relación al nacionalismo preexistente, una modificación importante en la construcción de la alteridad amenazante; cómo, con su discurso antioligárquico y antiimperialista, ha favorecido el pasaje de la amenaza metasocial al enemigo "social".

En este marco, una atención particular ha sido acordada a la dimensión imaginaria de la amenaza y su estatus en términos políticos. Las culturas estratégicas constituyen una trama en la cual se combinan elementos reales, simbólicos e imaginarios. Este último hace referencia no solamente a los componentes intencionalmente contruidos, "inventados", sino también a los registros que permiten una identificación errónea concerniente a la realidad social o internacional. Errores de percepción que no se restringen a las dos formas más evidentes, la sobrestimación y la subestimación de las capacidades y de las intenciones.

Todo análisis debe considerar, tanto a nivel de la vecindad territorial como ideológica, la dimensión imaginaria de la amenaza. El Cono Sur ha constituido una zona donde la existencia de una amenaza externa de talla, como la intervención directa de los Estados Unidos, de la URSS o la expansión territorial conquistadora de los países de la región era más imaginaria que real, no era más que una hipótesis lejana, que a fuerza de ser esperada devino mítica.

Un relato sobre la amenaza en el nacionalismo argentino aparece como un tratado o una colección de imágenes que hace el inventario de “otros” amenazantes, en parte más imaginarios que reales. El nacionalismo argentino expresa una verdadera proliferación de amenazas fantásticas, cuya morfología revela influencias europeas, esencialmente de la extrema derecha, pero no solamente. No se agota en la creencia en un complot judío-bolchevique o en las formas diferentes de la invasión comunista. La visión que comporta toma la forma de una colección de fábulas, en general portadoras de una alegoría moral, sobre enemigos demonizados, deshumanizados o bestializados.

Los relatos sobre las amenazas constituyen un tratado consagrado a la descripción de diferentes “otros”, naturalizados, con poderes y peligrosidades, sobre los cuales los constructores de las representaciones insistían según sus intereses. La alteridad amenazante compone un verdadero bestiario moderno; en términos de un conjunto más o menos sistemático de animales cargados de una significación simbólica.¹²

El tercer eje tiene por objeto introducir la dimensión estratégica del “nosotros” y del “otro”. El fenómeno de las violencias en Argentina es ininteligible si no se tienen en cuenta las percepciones de la alteridad y de la identidad. La reflexión sobre la alteridad amenazante es, en primer lugar, tributaria de un análisis de las identidades y de sus modos de construcción. Solo a partir de los análisis desarrollados en torno a este conjunto temático pueden ponerse de manifiesto los diversos esquemas operativos que conducen a la definición del “otro” como “enemigo de la patria”. A la generalización de la violencia como modo de resolución de los conflictos políticos y a la politización de todas las esferas de la vida social, corresponde una reivindicación identitaria de masa, cuyo componente patriótico será evidente.

Se tratará menos de la alteridad propiamente dicha que del examen de la manera en que los nacionalistas han interpretado la relación con el otro, en el marco de la guerra como continuación de la política. Queda claro que no nos hemos interesado en el otro como semejante. La relación con la alteridad tiene que ver con la hostilidad más que con la hospitalidad. Busca develar cómo la alteridad negativa no solo es consustancial con la percepción de la amenaza, sino que es un elemento inseparable de la naturalización de la violencia; de interrogarse sobre la universalidad y las particularidades de los esquemas por los cuales sociedades como la argentina tematizan negativamente ciertos “otros”, que son leídos como amenaza.

La lógica de la inevitabilidad histórica de la guerra estaría dada por la imposición hecha por ese “otro” amenazante. El análisis de los diferentes “otros”, instituidos por un grupo, es revelador tanto de la manera en que este se piensa

12 Etienne Souriau. *Vocabulaire d'esthétique*. Paris, PUF, 1990, p. 243.

como de los intereses y valores defendidos. A partir del reconocimiento del otro como sujeto estratégico, la observación de la alteridad hace posible el establecimiento de diferencias y similitudes en el interior de un mismo espacio.

A partir del tema de la alteridad, se exploran los espacios donde se expresan los reconocimientos y las exclusiones. Esto implica la definición y redefinición de lo propio y de lo extraño, de las nociones de amigo y de enemigo. Desde la extranjerización hasta la bestialización del adversario político, la alteridad negativa en Argentina se apoya en diferentes maneras de legitimar la exclusión fuera del colectivo de identificación. En este marco, son evocados tanto los mecanismos de diferenciación arcaicos y universales, fundados en dimensiones no sociales, como los ensayos de legitimación cultural de la diferencia, contruidos a partir del hispanismo y/o el latinoamericanismo. Pondremos en evidencia la necesidad de inscribir la cuestión en el marco de esa dicotomía fundacional que fue civilización-barbarie.

Tres cuestiones merecen ser destacadas. Primero, la ecuación otro-enemigo-extranjero. Quien nos interesa no es el extranjero en sí, sino el extranjero como figura discursiva que sirve a los fines estratégicos, que consisten en delimitar una diferencia esencial con el sujeto nacional. Segundo, el indio y el inmigrante como figuras fundantes de la alteridad en el esquema narrativo de las elites. Tercero, las connotaciones materiales y simbólicas tanto de la territorialidad como de la vecindad territorial.

Los objetivos exigen plantearse ciertas cuestiones: ¿Cómo repensar o abordar los múltiples elementos que componen un pensamiento estratégico—frontera, hipótesis de conflicto, marcos de alianza— sin establecer campos de delimitación de las pertenencias, es decir, sin establecer qué es el “nosotros” y quién es el “otro”? ¿Cuales son las pautas de la inclusión y de la exclusión? ¿De qué manera el “otro” es designado en las diversas formas asumidas por el nacionalismo? ¿Cómo es percibido ese “otro” y cómo la percepción puede ser capaz de generar imágenes desfiguradas, parciales e incompletas? ¿De qué manera el uso de la violencia revela visiones de mundo? ¿Cuáles son los mecanismos de exclusión que giran en torno a la idea de nación? ¿Cómo se instituye el “nosotros” y qué es un “otro”, o quién puede ser un “otro” en una sociedad como la Argentina, estructurada sobre la diversidad, en una América del Sur donde las similitudes entre las sociedades y las naciones son más fuertes que las diferencias?

El cuarto eje se construye sobre las modificaciones en la sociedad que acompañan, a partir de la década de los ochenta, el desplazamiento de la lógica de guerra hacia la periferia de la política, por lo que afectan las representaciones y prácticas tanto políticas como estratégicas de los nacionalismos. Las modificaciones responden a un proceso sincrético de variables exógenas y endógenas. Es necesario, por ello, comprender cómo las transformaciones

operadas tanto en el sistema internacional como en las sociedades occidentales —globalización, fin de una visión teleológica de la historia, desprecio por las concepciones heroicas, cultura del narcisismo y del individualismo, etcétera— y los acontecimientos vividos a nivel interno han ejercido influencia en la conceptualización del conflicto propia de los nacionalistas.

Sin negar la importancia de las transformaciones compartidas con otras sociedades occidentales, las modificaciones operadas en Argentina son incomprensibles sin la consideración de una serie de instrumentos de regulación violenta de la sociedad, gestados desde mediados de los años setenta. Como resultado de las transformaciones desarrolladas entre la dictadura cívico-militar y el fin de los años ochenta, se han producido profundos cambios en el imaginario social, que involucran la relación público-privado, política-sociedad y Estado-mercado. En este marco, el nacionalismo, tal como había sido construido en Argentina, parece volverse arcaico.

Dichas transformaciones resultan de los efectos pedagógicos de tres mecanismos de regulación violenta de la sociedad: el terrorismo de Estado, la guerra de Malvinas y la hiperinflación. En su interacción, dichos mecanismos constituyen formas de disciplinamiento social. Si bien la introducción, en la historia argentina del siglo XX, de una nueva escala de masacre posee una dimensión particular, los tres mecanismos se retroalimentan, por lo que son perfectamente complementarios. El terrorismo de Estado, la hiperinflación y la guerra de Malvinas han significado la desarticulación de la fuente de legitimidad del Estado, denominador común de los tres fenómenos.

Los efectos pedagógicos afectaron las banderas históricas del peronismo y colaboraron, en un nuevo contexto internacional, en ese ensayo de refundación que reposa en un conjunto de principios estructurantes de la “civilización global”, inspirado por representaciones anglosajonas y contrarias a los preceptos propios de la cultura política nacionalista operado en la década de los noventa. La refundación civilizacional que impulsó el menemismo implicó un ejercicio radicalmente opuesto no solo a la cultura política peronista, sino también a una parte importante de la cultura política argentina. La mutación producida en el peronismo transformó radicalmente toda la cultura política argentina y, en particular, el nacionalismo, al abrir la vía a un reexamen completo de la representación política de intereses sociales y del rol de Argentina en el sistema mundial.

Cabe plantearse algunas preguntas: ¿Qué queda de la representación de la amenaza propia de la Guerra Fría, en la medida en que tanto la sociedad argentina como la naturaleza de las relaciones internacionales han sido modificadas profundamente? Dado que la política ha asumido la forma de una guerra y que la relación amigo-enemigo ha sido la manera hegemónica de pensar el conflicto social en Argentina a lo largo de una parte considerable

de su historia, ¿es necesario esperar un cambio radical, y definitivo, en la conceptualización de la política? ¿Se puede, entonces, pensar que las relaciones con el/los otro/s –tanto a nivel interno como externo– dejen de ser juzgadas según referencias militares? ¿Cómo reconocerse en una comunidad, en este caso ideológica, si esa comunidad ha cesado de existir bajo las formas que había asumido históricamente? Todo ello será analizado en el presente trabajo, hurgaremos en el lado oculto y contradictorio de las violencias y sus narrativas.

7. El nacionalismo, necesariamente plural

El nacionalismo¹³ es una concepción reciente.¹⁴ Nacido a fines del siglo XVIII, se extenderá por Europa en el siglo XIX para convertirse, en el siglo XX, en un “discurso” universal. La reivindicación nacionalista supera la lógica de un Estado que se legitima en la nación o el sentimiento de pertenencia exaltado a un colectivo de identificación nacional difundido en el seno de una población. La apelación a la nación es el elemento central de proyectos políticos diversos. El nacionalismo justifica el combate contra las monarquías, el universalismo occidental o el liberalismo global, funda tanto la lucha anticolonialista y anti-imperialista como la anticomunista, legitima las políticas de homogenización desarrolladas por las élites en el marco de la formación del Estado-nación o la expansión colonial.

El nacionalismo se traduce en una infinidad de representaciones y prácticas. Su conceptualización política y teórica no es unívoca. Los usos del término a través de la historia –y de la historiografía– son diversos. Pocos conceptos

13 Una serie de trabajos permitieron inscribir la cuestión del nacionalismo en una perspectiva general de reflexión. Podemos citar particularmente: Benedict Anderson. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, Verso Editions and New Left Books, 1983; John Breuilly. *Nationalism and the State*. Manchester, Manchester University Press, 1982; Karl Deutsch. *Nationalism and Social Communication*. Cambridge, Cambridge University Press, 1966; Ídem. *El nacionalismo y sus alternativas*. Buenos Aires, Paidós, 1972; Ídem. *Las Naciones en crisis*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981; Ernest Gellner. *Nations et nationalisme*. Paris, Payot, 1989; Ídem. *Culture, Identity and Politics*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Eric Hobsbawm y Terence Ranger. *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982; Eric Hobsbawm. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1992; Elie Kedourie. *Nationalism*. London, Hutchinson University Library, 1960; Hans Khon. *Historia del nacionalismo*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1984; Ídem. *Nacionalismo. Su significado y su historia*. Buenos Aires, Paidós, 1967; Yves Lacoste. *Vive la Nation*. Paris, Fayard, 1998; Anthony Smith. *Las teorías del nacionalismo*. Barcelona, Península, 1976; Ídem. *The Ethnic Origins of Nations*. London, Blackwell, 1986; Ídem. *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge, Polity Press, 1995; Pierre-André Taguieff y Gil Delannoi (dirs.). *Théories du nationalisme*. “Histoire des idées, théorie politique et recherches en sciences sociales”. Paris, Kimé, 1991; Anne-Marie Thiesse. *La création des identités nationales, Europe XIIIè-XXè siècles*. Paris, Seuil, 1999; Ídem. *Sociologie de la nation. Fondements théoriques et expériences historiques*. Paris, Armand Colin, 1999.

14 Ver Elie Kedourie. *Nationalism*, op. cit.

generan tantas divergencias, de modo que parece legítimo hablar de nacionalismos en plural más que de un nacionalismo único. Los diferentes aspectos asumidos por el nacionalismo, sobre todo en las periferias, dan lugar a propuestas de desarrollo social, político y económico diametralmente opuestas.

El nacionalismo no solo no es un fenómeno reductible a una única tendencia política, sino que da lugar a experiencias políticas antagónicas. Ha logrado combinarse con múltiples ideologías. Sentimientos y posiciones de tipo nacionalista se han desarrollado en diversas manifestaciones políticas, desde el liberalismo hasta el socialismo. Los movimientos nacionalistas presentan, según G. Delannoi, ciertos elementos en común: gobiernan en nombre de una homogeneidad “cultural”, hacen referencia a una estructura de tipo organicista, interpretan la historia en su provecho, movilizan las masas y designan un enemigo.¹⁵ Sin embargo, para cristalizar identidades políticas debe tomar prestado de las familias ideológicas de carácter más universal.¹⁶ Los sentidos variados que se le adjudican tienen que ver, en gran parte, con esto.

El nacionalismo es un término polisémico, como lo son las identidades políticas en general. Puede significar la doctrina o la ideología de un grupo –movimiento, partido, Estado, sociedad–, pero también puede expresar un sentimiento –el amor a la patria y, por oposición, el odio a quien la amenaza– o una actitud dada por la prioridad otorgada a la independencia nacional y a la soberanía política.

El nacionalismo formula un tipo de discurso que presupone una cierta uniformidad, que es, en realidad, inexistente. Los sujetos que se sienten interpelados por esa identificación no forman parte de una cultura política única. Las mismas palabras –autonomía, liberación, soberanía, patria, nación, pueblo, etcétera– tienen significados disímiles. El carácter ambiguo e impreciso del término supone que fuerzas políticas que se niegan a ser consideradas como nacionalistas puedan ser incluidas en la categoría y, a la inversa, que sea posible excluir a otras que se consideran como tales.

En Argentina, el peso de la función identificatoria de la idea de patria concedió al nacionalismo un rol central en la sociedad. Partidos políticos y movimientos sociales, dictaduras cívico-militares y guerrillas revolucionarias declaran adherir al patriotismo como razón última, y aparecen bajo la clasificación genérica de nacionalistas. Dichas formas de nacionalismo desarrollan prácticas políticas radicalmente diferentes.

El nacionalismo se ha manifestado bajo las diversas formas adoptadas por el Estado-nación: liberal, populista o burocrático-autoritario y devino

15 Gil Delannoi. “Le nationalisme et la catalyse idéologique”, en: *Nations et nationalismes*. Paris, La Découverte, 1995, p. 41.

16 *Ibidem*, p. 39.

gradualmente un componente importante de la sociedad civil. Como lo reconoce la mayoría de los analistas, los nacionalistas tuvieron un profundo impacto en la historia del siglo XX y han dejado marcas en toda la escena político ideológica. La influencia de sus ideas se hace sentir más allá de los sectores que se identifican con esa ideología.¹⁷ Fenómenos tales como la dependencia, el irredentismo, el sentimiento de frustración permanente, la sensación de proyectos de nación inacabada o la idea del excepcionalismo argentino están arraigados en la sociedad y son compartidos por una gran parte de la clase política. Así, a favor de que la población argentina es profundamente nacionalista, que pocos pueblos son tan proclives al entusiasmo patriótico, C. Escudé sostiene que la cultura política argentina ha sido profundamente afectada por el nacionalismo, cuya manifestación más evidente ha sido la política exterior.¹⁸ Para F. Thual, en el plano político, la Argentina es el país que ha desarrollado el nacionalismo más elaborado en América del Sur.¹⁹

Ahora bien, la cuestión demanda una temporalidad precisa. Como lo sugiere F. Devoto, en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, en la dificultad de inserción social del nacionalismo autoritario se manifestaba la larga pervivencia del imaginario liberal, su carácter claramente hegemónico.²⁰ Esta situación de subalternidad del nacionalismo con respecto a la tradición liberal cambiará a lo largo del siglo XX. Los años treinta implicaron un quiebre. Desde mediados de siglo, la cultura política parece reducirse a dos macro-corrientes ideológicas: la liberal y la nacionalista. El marxismo mismo parece oscilar entre los dos polos.

El nacionalismo argentino no es uno. Si el discurso de la contrarrevolución ha sido la característica de una gran parte del nacionalismo, este no puede ser reducido a movimientos reaccionarios.²¹ Aunque se utilizó principalmente para caracterizar expresiones políticas antiliberales y autoritarias, el

17 Algunos estudios sobre el nacionalismo argentino: Marysa Navarro Gerassi. *Los nacionalistas*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968; Enrique Zuleta Álvarez. *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires, La Bastilla, 1975; María Inés Barbero y Fernando Devoto. *Los nacionalistas*. Buenos Aires, CEAL, 1983; Cristian Buchrucker. *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Diana Quattrocchi-Woisson. *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*. Paris, Éditions du CNRS, 1992; David Rock. *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires, Ariel, 1993; Fernando Devoto. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

18 Carlos Escudé. *Patología del Nacionalismo. El caso argentino*. Buenos Aires, Tesis e Instituto Torcuato Di Tella, 1987, p. 45.

19 François Thual. *Géopolitique de l'Amérique Latine*. Paris, Economica, 1996, p. 17.

20 Fernando Devoto. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, op. cit., p. 11.

21 Un ejemplo de esta posición se encuentra en el libro de David Rock. *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, op. cit.

nacionalismo no es, necesariamente, lo opuesto a lo democrático ni una característica de fascismos y de dictaduras militares.

Como en Europa desde el siglo XVIII, en la Argentina del siglo XX, la tradición surgida a partir de la Revolución francesa, pero también, los proyectos que se le oponen confluyen en el nacionalismo(s). Puede desarrollar tanto una concepción de la nación destinada a legitimar una dictadura oligárquica como otra capaz de fundar una república plebeya. La diferencia está, sin duda, a nivel de la naturaleza de los intereses sociales movilizados y de los proyectos políticos que representan. Las formas antagónicas de concebirlo no son una abstracción.

Por otra parte, el nacionalismo argentino ha asumido sentidos y formas muy distintas como para poder ser pensado como una continuidad absoluta, más allá de la persistencia de nombres, ideas e intereses.²² Así, el nacionalismo “cultural” del Centenario constituye un fenómeno diferente del nacionalismo “político” posterior, independientemente de que en la reacción nacionalista aparezcan muchos de los temas que posteriormente serán parte del discurso del nacionalismo(s) o de los vínculos sociales de sus miembros.²³ El estudio de las configuraciones cambiantes, permite la superación de las argumentaciones que tienden a concebir las ideologías como esclerosadas en el tiempo y carentes de dinámica histórica. El análisis implica distinciones en el espacio-tiempo, basadas en un relativismo según el cual el nacionalismo se redefiniría en cada momento de la historia en relación con otras modalidades políticas coexistentes. La categoría solo adquiere una significación precisa en el marco de un contexto espacio-temporal específico. Los contenidos ideológicos del nacionalismo argentino se encuentran profundamente ligados, de un lado, con las diferentes coyunturas históricas que atraviesa la nación, y, de otro, con los diferentes sectores sociales que lo formulan.

Ahora bien, si el nacionalismo muestra una tensión entre formas antagónicas de concebirlo, todas sus manifestaciones coinciden en pretender ser portadoras de un proyecto de redefinición de una nación que perciben amenazada, por lo que se arrojan la condición de defensoras de los intereses de la patria. Su historia es una historia estratégica.

El nacionalismo argentino presenta, en relación con lo estratégico, características y funciones comunes elaboradas sobre la base a axiologías e intereses muy diferentes. Analizarlo es cruzar imaginarios y representaciones compartidas con valores e intereses contradictorios. ¿Debemos insistir en su unidad o su diversidad? Paradojalmente, ese denominador común, estructurado a partir

22 Desde la Liga Patriótica Argentina hasta el Movimiento Nacionalista Social, pasando por la producción de textos revisionistas o sobre la “cuestión judía”, el apellido Carlés está vinculado con una determinada forma de nacionalismo.

23 Ver Fernando Devoto. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, op. cit.

de lo estratégico, permite diferenciar sus disímiles y contradictorias manifestaciones en función de su comprensión de los conflictos, al mostrar las percepciones recíprocas.

Desde la década de los noventa, la cuestión del nacionalismo argentino ha sido reformulada. Los trabajos precursores han sido objeto de cuestionamientos. Suscitando un análisis en función de historia “social”, las nuevas perspectivas intentaron superar lo que era percibido como una historia política tradicional perimida. La renovación dio lugar a estudios tanto de sus expresiones políticas y de sus vínculos con las instituciones, como abordajes dedicados a la reconstrucción de trayectorias biográficas o a la construcción identitaria de la nación, en particular a la escritura de la historia y de la memoria.

Aportando un trabajo documental que permite eliminar ambigüedades y generalizaciones, esos textos ayudaron a la comprensión de la polisemia del término *nacionalismo*. En ciertos aspectos, la renovación se limitó a profundizar cuestiones que desde el “ensayo”, intelectuales ligados al pensamiento nacional y popular, ya habían sostenido.²⁴

La renovación de los estudios ha reconocido esquemas explicativos, métodos y fuentes diversas, generalmente frente a interrogantes comunes. Ahora bien, a pesar de la diversidad, los trabajos de renovación generados desde fines del siglo XX no cuestionaron un elemento básico de los análisis tradicionales: el modelo binario o la tipología bipolar.

Al seguir una interpretación instalada previamente en lo político, el modelo binario obtuvo consenso, en las ciencias sociales, para explicar el fenómeno del nacionalismo. Desde los primeros intentos de clasificación se hace referencia a dos tendencias.

La hipótesis de trabajo generalmente aceptada sostiene que ese sistema ideológico ambiguo llamado nacionalismo implicaba, en la *praxis* política, dos tradiciones diferentes. Una se orientaría hacia formas progresistas, mientras que la otra se caracteriza por ser reaccionaria. El modelo dicotómico se estructura a partir de la adjudicación de una serie de adjetivos calificativos a cada una de las dos categorías. A un nacionalismo elitista, aristocrático, oligárquico, autoritario, reaccionario, restaurador, integrista, de derecha, se opondría un nacionalismo popular, democrático, revolucionario, antiimperialista, progresista, de izquierda. Estas dos tendencias, diferentes y radicalmente antagónicas, no se pueden definir sino por su relación recíproca. La clasificación sobre la base de la bipolaridad es pertinente pero insuficiente para entender la complejidad de la Argentina que se estructura a partir de 1945.

24 El término *ensayo* con comillas implica complicidad con el atento lector que sabe comprender que en el mundo académico, las reflexiones pioneras de ese largo espacio sobre la cuestión nacional tienden a ser ignoradas.

En este marco, hemos desarrollado una tipología en la que diferenciamos tres corrientes vinculadas con el nacionalismo argentino durante ese ordenamiento tardío del mundo moderno, que fue la Guerra Fría. Por un lado, conservamos, parcialmente, elementos propios del modelo de análisis binario clásico del nacionalismo argentino. Haremos referencia a la corriente integrista y a la populista. Por otro lado, insatisfechos de la capacidad explicativa de dicho binomio, creímos necesario distinguir una tercera forma de nacionalismo, que llamamos jacobino, dado que esa forma lleva a su paroxismo una cierta idea de la nación nacida bajo la Revolución francesa. Aunque estrechamente relacionada con el populismo contestatario, dicha corriente debe ser abordada en su singularidad.

Hablaremos de nacionalismo “jacobino” para evocar ese espacio que, tendiendo a fusionar marxismo y nacionalismo, se expresa en términos políticos en grupos intransigentes, partidarios de un Estado centralizado e intervencionista, y para los cuales la movilización que apunta a liberar un territorio de una ocupación extranjera mediante la institución de procesos nacionales-revolucionarios no puede ser disociada de la existencia de un enemigo interno. Aunque el jacobinismo puede formar parte de los populismos contestatarios, como en el caso argentino, sus características le otorgan autonomía. Esta corriente conduce a la expresión más radical del estatismo, el centralismo y el igualitarismo que inspiraron al populismo contestatario.

El jacobinismo no es una doctrina política, sino un comportamiento en el cual la pretensión de conjugar reivindicaciones nacionales específicas con un cuestionamiento radical del orden social es decisiva. Evocación mediante de las virtudes de un Estado fuerte, portador del progreso social y de la imprescriptibilidad de la nación, el jacobinismo hace referencias a la indivisibilidad de la república y la defensa de la soberanía nacional y popular que emana del pueblo. Reenvía a una concepción centralizadora del poder que tiende a buscar ejercerlo con la ayuda de una vanguardia que extiende su voluntarismo en todos los escalones geográficos y en todos los dominios de la vida social con el fin de hacerlos uniformes en nombre de la liberación nacional. Todas las diferencias deben ser borradas en beneficio de una ciudadanía asociada a las clases populares. El deseo de unificar en un todo se acompaña de un razonamiento belicoso.

El jacobinismo designa una actitud, un comportamiento, una visión del mundo, lo que le permite constituirse como una categoría transhistórica. El concepto escapa tanto al marco geográfico como al contexto histórico de una significación más general.²⁵ Es tanto una actitud, una visión del mundo, cuanto una técnica de la toma del poder. Es también una “ética” construida sobre un código moral estricto que supone exclusiones, incluso la

25 Michel Vovelle. *Les Jacobins*. Paris, La Découverte/Poche, 2001, p. 5.

demonización del adversario, para lo cual restringe el mundo a un solo principio ordenador y legitimador, que identifica y asocia la esencia de lo político al conflicto social. La década de los setenta suministra numerosos ejemplos de esa voluntad y de ese “fanatismo”, al que hacía referencia Gramsci cuando trataba al jacobinismo.

El imaginario de las décadas de los sesenta y de los setenta, con los fusiles, las tacuaras y los ponchos, se ubica en la línea del gorro frigio y de las cabezas ensangrentadas transportadas en las puntas de las picas. Las canciones y los cantos partidarios de una gran parte del nacionalismo argentino durante la Guerra Fría tienen el eco de la Marsellesa. Como en la revolución de 1789, la crudeza de la lucha y los niveles de violencia obedecen a razones políticas, producto del antagonismo de los intereses como del nivel de compromiso y la decisión “revolucionaria” de conducir la guerra hacia extremos antes impensables. Relacionado con una cuestión profundamente clausewitziana —el carácter nacional de las guerras revolucionarias—, el jacobinismo aparece como un concepto apropiado para pensar no solo la Argentina, sino también un Tercer Mundo en ebullición.

La propagación del jacobinismo fue una de las fuentes del temor en los sectores dominantes de la sociedad argentina de la década de los setenta, como lo había sido en las potencias conservadoras de Europa a fines del siglo XVIII. El concepto evoca un carácter subversivo, inseparable del miedo a los “Rojos”, que sus detractores asimilan al terrorismo y a la dictadura del comité de *Salut publique*, aunque la tradición jacobina no puede restringirse a la izquierda. Así, F. Furet señala, en relación con la sociedad francesa, que ella puede gustarles tanto a los gaullistas como a los comunistas y trazar una línea de demarcación dentro del partido socialista.²⁶

Como en 1793, en relación con 1789, la corriente jacobina aparece en la Argentina de 1973 con la intención de acabar —en el sentido de completar— la tarea histórica de esa forma plebeya de la revolución democrático-burguesa que había sido el peronismo. La corriente jacobina va a alcanzar su apogeo en los festejos del 25 de Mayo de 1973, cuando el presidente electo H. Cámpora, acompañado de S. Allende y O. Dorticós, saluda a una plaza colmada de organizaciones insurreccionales.

Aunque estrechamente ligada al peronismo(s), la corriente jacobina no se reduce a este. Los jacobinos llevaron al paroxismo las tensiones y contradicciones ideológicas propias del peronismo. Quisieron resolverlas mediante una voluntad política y moral. Si ese oxímoron que es el peronismo puede ser considerado como una forma de jacobinismo, su fundador no lo era, aunque fuera así conside-

26 François Furet y Mona Ozouf. *Dictionnaire critique de la Révolution française*. Paris, Flammarion, 1988, p. 243.

rado por ciertos sectores conservadores, incluidos los nacionalistas. Hombre “de orden”, que no es lo mismo que hombre “del orden”, Perón repudiaba la acción agitadora. Por otra parte, la corriente jacobina va más allá de Montoneros y del “Peronismo revolucionario”, supera las fronteras de la “izquierda nacional” para abarcar parte de lo que se conoce como la “nueva izquierda argentina”.

Hacemos referencia a corrientes con el propósito, por un lado, de subrayar la idea de movimiento, de desplazamiento, que incluye dicho término; por otro, evitar otorgar características definitivas al concepto, de cerrar su definición. Pretendemos superar las limitaciones que impone el paradigma bipolar generalmente utilizado.²⁷

Con la constitución de corrientes se intenta evitar definiciones reduccionistas, taxativas. Debe tenerse en cuenta que la mayoría de las organizaciones no son homogéneas y que, menos aun, lo son las visiones de sus militantes y dirigentes. El nacionalismo argentino es un universo poroso, de circulaciones múltiples, que construye, al mismo tiempo, fronteras simbólicas y efectivas, que condicionan el límite entre el “nosotros” y el “ellos”.

La corriente establece límites sin esclerosar. Ayuda a evitar todo tipo de definición que limite o circunscriba el concepto a “una” determinada forma o que establezca definitivamente, de forma deshistorizada, sus particularidades. En la medida en que pone de relieve las fronteras borrosas entre las diversas formas del nacionalismo, la idea de “corrientes” ayuda a comprender la circulación, tanto de individuos como de ideas. Esto constituye un elemento decisivo para el abordaje del peronismo(s), ese “continente” vasto y heterogéneo donde competían –y compiten– representaciones políticas divergentes que podían, sin embargo, desarrollar denominadores comunes. Como toda organización política policlasista, el movimiento fundado por J. Perón está surcado por ambivalencias, contradicciones y conflictos, lo que permite la presencia, aunque asimétrica, en su seno de las tres corrientes del nacionalismo. La integrista no solo será minoritaria, sino fundamentalmente residual y devendrá un componente importante del antiperonismo.

Los tres conceptos son instrumentales y no ontológicos. Representan tipos ideales que estilizan la realidad sin pretender agotarla, y permiten especificarla en el curso de la demostración. Tipos ideales cuyos elementos constitutivos pueden presentarse simultáneamente en cada realidad concreta. La inteligibilidad del fenómeno en el plano conceptual obliga a analizarlo en su forma histórica singular. El significado exacto de cada forma puede

27 El contexto político posterior a 1989 se caracteriza por la emergencia de una forma de “nacionalismo” que denominamos, en el marco de nuestros trabajos, “republicano”. Preanunciada por la renovación peronista, esta forma de nacionalismo, que se materializó en la experiencia del Frente Grande-Frepaso (Frente País Solidario), fue rápidamente abortada, en gran parte, como resultado de los compromisos de unos de sus máximos impulsores, C. Álvarez.

ser reconstruido, en última instancia, por medio de una historia “concreta”. A los fines de este trabajo, nos limitaremos a diferenciarlas, para lo cual definiremos sus actores y sus temas movilizadores, principalmente aquellos que tienen un valor estratégico.

La tipología no es el objeto de comprensión, sino su medio. Un instrumento que nos ayuda a organizar nuestra investigación. Un marco conceptual que pueda facilitar la adopción de un enfoque común, capaz de considerar que el tema provoca conexiones múltiples que trascienden la época y la sociedad estudiada. La tipología no se agota en las tres corrientes ni tiene la pretensión de estar terminada. La necesidad de evitar generalizaciones nos obliga a hacer referencia a un nacionalismo “militar”.

Si a lo largo de todo el siglo XX los militares compartieron con los integristas valores y objetivos tales como la defensa del orden, la renovación del espíritu nacional, la apología del catolicismo o el anticomunismo, su nacionalismo es de una naturaleza diferente. La estrecha relación establecida entre los nacionalismos integristas y las Fuerzas Armadas y de Seguridad, la circulación de representaciones políticas y estratégicas, y el hecho de que el nacionalismo integrista haya sido un perenne proveedor de identidad a los militares hace difícil percibir la diferencia. El nacionalismo militar sería el resultado del rol geopolítico e histórico centralizador de la institución. Un nacionalismo inherente a la función “social”. Esta diferencia de naturaleza era ya destacada por intelectuales vinculados con el peronismo o con la izquierda nacional, como J. J. Hernández Arregui o A. Ramos, en un contexto, los años sesenta y setenta, donde las interpretaciones hegemónicas reducían la intervención militar a la defensa de intereses de clase.

Ese nacionalismo inherente a las Fuerzas Armadas permitió su reivindicación por el nacionalismo todo. Entre el “ser” y el “deber ser”, con matices, en la apología de las Fuerzas Armadas terminaron por converger, salvo contadas excepciones, todas las vertientes. Para los integristas, los militares son el único grupo capaz de defender el interés nacional y ocuparse de la “cosa pública” si la conducción política muestra signos de debilidad. Para los populistas contestatarios, incluidos los jacobinos, son un elemento necesario en los países dependientes para el desarrollo o la liberación nacional. La visión idílica de Fuerzas Armadas, supuestamente compuesta de jóvenes patriotas y voluntaristas, especie de reserva moral de la nación, donde priman los valores de la patria misma, era una realidad para algunos y una aspiración para otros.

Símbolo de la soberanía y de la independencia, instrumento de la defensa, las Fuerzas Armadas se corresponden con la representación de la sociedad que se hacen los nacionalistas. La sociedad militar, ejemplo de jerarquía y de respeto, fundada en un auténtico sentido orgánico, aparece como la contra

imagen de la sociedad exterior fragmentada, en la cual reinan los privilegios, la falta de justicia, las prebendas.²⁸

En el mundo ibérico en general, y en América Latina en particular, la intervención de los militares en política ha sido tradicionalmente percibida como un elemento regenerador de la sociedad. Esta percepción tuvo una fuerte influencia en el nacionalismo argentino. Los militares participan de un propósito sostenido por todas las corrientes del nacionalismo, la refundación de la nación y el consecuente fin de un modelo de sociedad. La idea de que se puede reconstruir la nación y la patria a partir de las Fuerzas Armadas aparece como una reconfiguración de un imaginario clásico, modelado en Roma y ampliamente difundido en Occidente. Este considera que el Ejército en cuanto Legión moderna puede reconstruir la *Cité*.²⁹ Fuertemente presente en los países ibéricos, dicho imaginario fue por ellos divulgado en América Latina.

Los militares se consideran y son percibidos como el sujeto a partir del cual la sociedad puede reconstituirse. Por sus compromisos con la patria, están a la escucha de las demandas que vienen de la sociedad y, para cumplir su deber patriótico, responden a ese clamor, intervención mediante. Pueden hacer que la nación vuelva a su pureza originaria y devolverle sus cualidades perdidas. Esta concepción es indisoluble de una visión profundamente teleológica de la historia. Si el golpe de Estado fue su expresión más común, el principio regenerador se presenta de maneras diversas. Desde Perón hasta Humala, Velasco Alvarado o Chávez incluidos, los movimientos cívico-militares, impregnados de una concepción palingenésica, asumen formas múltiples y representan intereses divergentes. Así, en Brasil, durante los años 1925-1927, la “Rebelión de los tenientes”, dirigida por Luis C. Prestes, recorre el país, en la espera de ganar a los campesinos allegados a la causa y provocar la regeneración. Prestes ha quedado, en la memoria de la gente, como un militar defensor de los oprimidos.

A pesar de su heterogeneidad ideológica y de la variedad de sus expresiones, ese tipo de intervención militar posee una unidad dada por el deseo de refundación de una nación que ha sido destruida o alterada en su *télos*; en general, por la incidencia extranjera. En el rol tradicional palingenésico de los militares latinoamericanos se combinan elementos desemejantes, incluso antagónicos. La palingenesia legitima tanto a actores progresistas como a garantes del orden social. Es tan funcional para el pretorianismo como para el hoplismo.³⁰

28 Silvia Sigal y Eliseo Verón. *Perón o Muerte*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, p. 37.

29 Sobre este tema, ver Alain Joxe. *Voyage aux sources de la guerre*, op. cit., p. 172.

30 Ver Edgardo Manero. “La reconversión de identidades militares en América Latina en los noventa o el atemporal tema del traidor y del héroe”, en Arturo Fernández (coord.): *Globalización, fragmentación social y violencia*. Rosario, Homo Sapiens, 1997.

Si la guerra puede estar impregnada de una concepción palingenésica y la acción represiva de las Fuerzas Armadas tener un sentido teleológico, en Argentina, la mayoría de las intervenciones militares que proclamaron querer refundar o regenerar la sociedad no procuraron construir una sociedad nueva ni instaurar un nuevo orden. Trataron de preservar la interpretación que tenían de las relaciones sociales. Para eso, les era necesario eliminar las causas del “desorden” existente antes de devolver el poder a las elites civiles. Todos los golpes de Estado proclamaron su objetivo de terminar con el desorden propio de la vida política. Ahí donde los nacionalistas observan un renacimiento de las sociedades, podemos ver también la otra acepción de la palabra, el sentido dado a “palingenesia” por los estoicos, el retorno periódico y eterno de los mismos acontecimientos: los ciclos de autoritarismo y dictadura. El hecho de que en América Latina las Fuerzas Armadas se constituyen, en ciertas circunstancias, en garantes del orden y de la acumulación.

Edgardo Manero

Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)

**CIENCIAS
SOCIALES**

El surgimiento y la legitimación social de la violencia política en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX son el eje central de esta obra, que analiza las transformaciones del nacionalismo argentino desde una perspectiva estratégica. Sin reducir el enfoque al terrorismo de Estado o a la práctica de la lucha armada, el período que se aborda (1945-1989), marcado por el fenómeno peronista y la Guerra Fría, constituye un campo de estudio apropiado para interpelar la relación entre lo “político” y lo “militar”.

El libro da cuenta de las diferentes maneras que ha tenido el nacionalismo(s) para afrontar la supervivencia de un colectivo de identificación, un “nosotros” que requiere la existencia de “otros”. “Amigos” y “enemigos”, ambos son elementos esenciales e inseparables de una gramática estratégica común al conjunto del nacionalismo argentino. Con el propósito de comprender y explicar el fenómeno de las violencias, se analizan los procesos de construcción de una alteridad amenazante y su incidencia en el sistema político a nivel nacional e internacional, pues la relación identidad-alteridad es constitutiva de lo estratégico y, por ende, necesariamente política.

ISBN 978-987-1435-75-3



**UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN**

